

KORAD



Enero - Marzo 2014

No 16

ESPECIAL

PLASTIKA FANTASTIKA

Eduardo Villacís

La Latinoamérica fantástica avanza:

Dossier Ecuador

Cyberpunk cubano: angustias del presente

Revista digital de literatura fantástica y de Ciencia ficción



EDITORIAL

Les presentamos **Korad 16**, correspondiente al trimestre enero, febrero y marzo del 2014. Nuestra sección Plástica Fantástica cuenta esta vez con el historietista e ilustrador ecuatoriano Eduardo Villacis, quien accedió gentilmente a colaborar con Korad. En la parte teórica, y ya como parte de nuestro dossier dedicado al fantástico en Ecuador, les ofrecemos el magnífico ensayo sobre la historia de la CF en Ecuador a cargo del investigador Iván Rodrigo Mendizabal. A esto añadimos un breve pero muy interesante análisis valorativo acerca del ciberpunk cubano de la mano de Emai Cepeda y el texto **De Cenicienta a princesa: definición y redefinición de la Ópera Espacial** de los estadounidenses David G. Hartwell y Kathryn Cramer traducido especialmente para Korad por Rinaldo Acosta. En la parte narrativa contamos con cuatro cuentos de autores ecuatorianos, entre ellos Fernando Naranjo y Jorge Valentín Miño y otros dos magníficos relatos de ciencia ficción de los cubanos Erick J. Mota y Carlos A. Duarte. La sección de Humor ofrece el minicuento **La gran batalla galáctica**, de Miguel Ángel Trujillo. Por último encontrarán las acostumbradas reseñas de libros y concursos. Para este número hemos invitado al reconocido poeta cubano Alberto Marrero, quien donó tres de sus poemas para nuestra sección de poesía fantástica. Por último, continuamos con la sección dedicada a las poéticas de diferentes escritores del fantástico, y escogimos para este a Philip K. Dick. Esperamos que la disfruten.

Consejo editorial

Editor: Raúl Aguiar

Co-Editores: Elaine Vilar Madruga, Jeffrey López y Carlos A. Duarte

Corrección: Zullín Elejalde Macías y Victoria Isabel Pérez Plana

Colaboradores: Claudio del Castillo, Daína Chaviano, Gabriel Gil, Rinaldo Acosta, Yoss

Diseño y composición: Raúl Aguiar

Sección Poesía: Elaine Vilar Madruga

Ilustración de portada: JD Santibañez (Ecuador)

Ilustración de contraportada: Jesús Minsal y Vladimir García

Ilustraciones de interior: Guillermo Vidal, JD Santibañez, Jesús Minsal, Raúl Aguiar, Vladimir García

Proyecto Editorial sin fines de lucro, patrocinado por el Taller de Fantasía y CF Espacio Abierto y el Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Los artículos y cuentos publicados en **Korad** expresan exclusivamente la opinión de los autores.

Redacción y Administración: Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. 5ta. ave, No. 2002, entre 20 y 22, Playa, Ciudad Habana, Cuba. CP 11300 Telef: 206 53 66

e-mail: revistakorad@yahoo.com

Korad está disponible ahora en el blog de la escritora cubana [Daína Chaviano](#). Allí podrán descargar versiones de mayor calidad que las que enviamos por email.

Índice

Editorial/3

Cyberpunk cubano: angustias del presente. (Ensayo). Emai Cepeda / 4

Por unos Watt de más. (Relato) Erick J. Mota / 8

Doosier Ecuador:

Aproximación empírica a la ciencia ficción en Ecuador. (Ensayo). Iván Rodrigo Mendizábal / 12

La zorra del aire. (Relato) Fernando Naranjo / 17

Profundo en la galaxia. (Relato) Santiago Páez. / 24

Los poetas. (Relato) Jorge Valentín Miño / 30

Orden. (Relato) Denise Nader / 33

Después. (Relato) Renata Duque / 35

Sección Plástica Fantástica: Eduardo Villacis / 39

Sección Poesía Fantástica: Alberto Marrero Fernández

Pliegues / 42

Antiguos comediantes / 43

Gravedades / 43

Buscando a Carla. (Relato) Carlos A. Duarte / 44

De Cenicienta a princesa: definición y redefinición de la Ópera Espacial. (Ensayo) David G. Hartwell y Kathryn Cramer / 47

Sección Humor: *La gran batalla galáctica.* (Relato) Miguel Ángel Trujillo/ 52

Crónicas. *Literatura fantástica y de ciencia ficción en el tercer día del Foro literario.* Camilo García López-Trigo / 53

Sección Poéticas: Consejos de Philip K. Dick / 55

Reseñas: / Utópica penumbra. Antología de literatura fantástica ecuatoriana / 57

Convocatorias a concursos: / Concurso La Edad de Oro /59



Cyberpunk cubano: angustias del presente

Emai Cepeda



El movimiento *cyberpunk* es un sub-género literario de la ciencia ficción y un movimiento artístico con elementos estéticos y temáticos comunes. Los futuros presentados por el cyberpunk son relativamente cercanos. Su enfoque no es en las maravillas tecnológicas, si no en los conflictos sociales, individuales, interpersonales y culturales que produce la adaptación a la tecnología. La estética y ambientación son el elemento punk, definidas por primera vez en la película *Blade Runner* (Dirigida por Ridley Scott, 1982); una masiva urbe dominada por mega-corporaciones y definida por la decadencia de sus barrios bajos. La ultra-tecnología trae un ultra-desecho. Tuvo sus orígenes en los años 80 en los Estados Unidos, siendo sus principales exponentes William Gibson y Bruce Sterling. A pesar de que sus influencias siguen vigentes en varios subgéneros a veces llamados post-cyberpunk, el cyberpunk como tal fue declarado muerto por sus propios creadores a fines de los '80. En Cuba, sin embargo, ha resurgido una ola de cyberpunk desde finales de los '90. El bloqueo económico de la isla significó que los libros no comenzaron a llegar hasta casi 20 años más tarde. Erick Mota (2010) comenta que *A Cuba el Cyberpunk no entró por Latinoamérica. Llegó directo de los estados unidos gracias al internet y por lo tanto se puede considerar más influenciado por la ola original que la versión post-cyberpunk que se desarrolló en Latinoamérica continental* (4). Esto no quiere decir, sin embargo, que la experiencia latinoamericana no sea una parte de la influencia en el género. En este ensayo analizaré los cuentos **Un puñado de lluvia** y **Cuenta conmigo** parte de la antología **Niños de neón** (2001) del escritor Cubano Michel Encinosa. Como ejemplos de un cyberpunk cubano que se construye en base a su anacrónica exposición al género original adaptado a la experiencia cubana tras el periodo especial.

En **Un puñado de lluvia** Xan narra diferentes momentos de su vida con su amiga Diana. Ambos jóvenes han sido confinados en Pueblo Bajo, el barrio de clase baja de Ofidia, capital del mundo, tras ser descubiertos hackeando los sistemas de un club. Siguiendo la perspectiva de Xan nos introducimos en una distopía ultracontrolada y fuera de control al mismo tiempo. La vida en Pueblo Bajo es un poso de adicción; la noche en Pueblo Medio es una anarquía capitalista. Desenfrenada, anónima e impersonal. Un festejo de adictos y parias en el que la policía, *prisioneros de su impotencia indiferente* (1) ni siquiera pretende interferir. Los dos adolescentes vagan por recreaciones virtuales de la edad media, conciertos desenfrenados y un club en donde *no está permitida la individualidad; sólo es limpia la fusión total y todos son réplicas fieles de ellos mismos* (1). Este último club, el club Capullofuego, puede ser visto como sinécdoque de la sociedad de Ofidia. *Necesito algo fuerte, Xan. Necesito vida. Sólo tengo muerte y lejanías en mi cabeza*” (1) le dice Diana a Xan; y Capullofuego es la respuesta. En este club *holodisfraces... clonan a innumerables Personas Artificiales del estrellato fantasma* (1), transformando a todos los presentes en la misma persona en una masa de desenfreno anónimo. La integración en la masa aparece como un abandono de la individualidad en pos de una

vida al extremo. Este cuento rompe con la idea de la masa uniforme, sin embargo, al seguir la vida de uno de estos anónimos. *La noche es la de siempre en Pueblo Bajo* (1) dice Xan, mientras que *En la noche de Pueblo Medio sólo hay instantes* (1). La travesía por el desenfreno de los clubes de Pueblo Medio es un escapismo de la cruda y monótona realidad de Pueblo Bajo. Sin embargo, el control está siempre presente. Los instantes de Pueblo Medio son también parte de un sistema de consumo controlado.

El anhelo por lo natural, lo real, lo incontrolable, aparece en este cuento metafóricamente como el anhelo por la lluvia. El elemento más claro y visible del extremo control al que está sometida Ofidia es el control climático; satélites en órbita impiden que las nubes de lluvia entren a la ciudad. Para Diana, quien tuvo la oportunidad de vivir la lluvia en un viaje con su padre, la lluvia aparece como icono de libertad, el único “momento” realmente real de su vida. *Volví a mirar esas falsas nubes que se desplazaban por sus calculados derroteros por el cenit, y sentí un asco tremendo* dice Xan. Las nubes telecontroladas visibles en la distancia son un símbolo del *tedio programado* (1) que envuelve la ciudad. El anhelo por la lluvia que se repite a lo largo del cuento culmina en el clímax sacrificial de Diana; tras lograr hackear los satélites de control climático, efectivamente provocando lluvia en Pueblo Bajo, muere con el cerebro quemado por un sistema de defensa militar. Toledano Redondo (5) argumenta que *She dies to give hope to the oppressed and to fight the oppression of the state/corporate rulers. She dies to break the status quo and prove that it can be broken* (5) (*Ella muere para darle esperanza a los oprimidos y para luchar contra la opresión del gobierno estatal/corporativo. Ella muere para romper el status quo y probar que se puede romper*). Sin embargo, esta es simplemente una victoria simbólica. Como comenta Maguire (2009) *Para los espectadores la lluvia no señala la llegada de una nueva conciencia ni una nueva esperanza* (3); pronto *El sol secará las calles mojadas, y esos pocos niños que ríen y saltan en los charcos, bajo la líquida felicidad que se les obsequia, dejarán de reír y adoptarán para siempre, en sus ojos, una réplica profunda de los ojos abiertos de Diana*” (1). El sacrificio de Diana tiene doble filo; es la bendición de lo natural, lo inesperado, lo reprimido, pero también la maldición del conocimiento. Los ojos de los niños se transforman en los ojos anhelantes y muertos de Diana. Xan llora bajo la lluvia *jurando negar mi espíritu a esta absurda y cotidiana realidad que nunca volveré a comprender* (1). El hechizo des-individualizador de los holodisfraces de Capullofuego y el consumo desenfrenado en busca de vida nada pueden hacer olvidar tras este trago de verdadera libertad.

La influencia de la prosa de Gibson en Michel Encinosa Fu es claramente identificable, tanto en el vocabulario (rompehielos, consola, etc.) como en la descripción neo-noir de la vida en la ciudad, romantizada y degradada. *Es un impulso interno que se apodera de ti y ralentiza biorritmos y percepciones que resumen tu vida en una serie clonada de instantes donde no hay espacio para la anécdota individual* (1) describe Xan a la noche; el vocabulario urbano derivado de tecnologías modernas y la elaboración casi rococó son características comunes del género.

Sin embargo, la herencia latina se deja entrever en el enfoque personal cotidiano que se le da a la narrativa. La hacker de **Un puñado de lluvia**, Diana, no es una criminal de elite llevando a cabo el hackeo del siglo ni lucha contra conspiraciones de las grandes corporaciones como suelen hacer los héroes del Cyberpunk. Tampoco es completamente marginal. En vez es presentada como una joven perdida en la alienación de lo artificial. A través de la narración de Xan el lector entra en una noche de farra, un fallido intento de escapismo pequeño-burgués. Si bien el entorno hiper-tecnológico es ficticio, la realidad humana que se presenta no lo es. Las noches de abandono en busca de un escape a la alienación son una realidad latinoamericana y tal vez más aún en Cuba desde el comienzo del periodo especial y su parcial apertura al turismo y al capitalismo. Pueblo Medio puede ser visto como el distrito turístico de la Habana, en donde los parias de Pueblo Viejo solo obtienen acceso mediante medios dudosos; si bien Diana recurre al hackeo para costear sus escapes con Xan, un cubano común tiene que recurrir al “jineterismo”, un flirteo aprovechador con el turista. La analogía se puede extender más allá si se ve a la lluvia como información. Así como en Ofidia la lluvia es mantenida a raya, de igual manera la información y la cultura extranjeras (libros, revistas, música) son limitadas en Cuba, prueba de lo cual fue el tardío ingreso del género cyberpunk. El internet se convierte en un espacio de contracultura a través del cual se abren las puertas al mundo, así como Diana abre las puertas a la lluvia, símbolo de libertad.

La herencia latinoamericana del realismo mágico también se deja entrever en este cuento. La noche de Ofidia está marcada por hologramas y ficciones que constituyen parte de la realidad controlada de la ciudad. Con naturalidad, Xan y Diana pasean por el castillo Camelot, se internan en una masa de clones holográficos y confunden sus sentidos con ciber-simulaciones. Lo real y lo virtual se confunden tal como lo real y lo mágico. El sacrificio por la lluvia tiene un elemento casi chamánico. Diana no se abandona completamente a la inmersión en el mundo virtual del ciberespacio; su último acto tiene consecuencias palpables en el mundo material. La lluvia es el elemento natural perdido que no puede ser imitado por *holopanoramas diseñados por las IA . . . tan ideales que parecen prescripciones médicas para*

esquizofrénicos de telemático (1). Así, su sacrificio trae una lluvia que rompe con la ilusión artificial que domina la ciudad. Es en cierto sentido un acto de magia, de psicomagia.

Cuenta conmigo, el segundo cuento de la antología, muestra una mirada más centrada en la psicología del rufián marginal en Ofidia. El innombrado narrador cuenta sus andanzas por Pueblo Bajo con su mejor amigo, “Bicéfalo”. *Somos los reyes del barrio Noviembre* dice (1), mientras comienza una noche más de jolgorio y violencia; el binario básico de la vida marginal. El narrador se desenvuelve de manera natural en ese entorno. Sus aliados y enemigos forman parte de la fauna natural en ese ambiente decadente. Placer y muerte se presentan como dos caras de la misma moneda. Cuando el líder de una pandilla local descubre a Bicéfalo con su novia la situación se desenvuelve así:

Somos rápidos. Antes de que el líder desenfunde su artillería, Bicéfalo cae sobre él y le mete un vibropuñal en la garganta, por un resquicio de la armadura. Yo ruedo por el piso, esquivando dos sablazos, y hago retumbar mi revólver. Uno cae, con la rodilla destrozada. «¡Retirada, hermano!» grita Bicéfalo. Despegamos sin un rasguño, dejando a tres sangrando y uno en proceso de agonía. Recuperamos el aliento a diez bloques. Nos morimos de risa.

Este fragmento muestra la dicotomía placer/muerte. La conquista de las dos *rubias teñidas* (1) con su *vaivén de reptil* (1) es solo parte del juego. Prueba de que el barrio es *nuestro coto de caza imperial* (1). El verdadero triunfo es el hecho de que pueden robarle la novia al líder de una banda y salir ilesos y triunfantes; la incertidumbre de la muerte en este contexto social marginal crea la necesidad de una vida al extremo. Vivo o muerto, pero “rey del barrio”.

En este cuento el elemento cyberpunk toma un rol secundario. La temática sigue más bien la tradición de la novela negra de crimen, siendo el escenario ciberpunk nada más que el trasfondo. La misma acción con mínimas diferencias podría haber sido ambientada en el presente. El uso de las convenciones del género crea, sin embargo, una extrapolación de los temas sociales e individuales tratados en el cuento.

Lo latinoamericano en esta historia es la marginalidad en sí. Más que una *extrapolación distópica de la sociedad de consumo capitalista* (4), **Cuenta conmigo** presenta una extrapolación de la marginalidad latinoamericana. La economía mundial o el dominio de las mega-corporaciones no tienen influencia directa en la vida del narrador. Su vida es un patrón repetitivo donde la supervivencia lo es todo. La degeneración cultural, psicológica y humana se deja ver claramente en la hipocresía del narrador en su postura ante la amistad; tema central del cuento. A lo largo de la narración el narrador enfatiza numerosas veces la fuerte conexión de amistad que lo une a Bicéfalo: *Y somos amigos. Más que amigos, hermanos. Somos uña y carne* (1). La traición a un amigo parece ser el peor crimen en sus ojos como se evidencia en su venganza con Torres, su amigo que delata su posición a la pandilla que lo busca. Tras contratar a un asesino para deshacerse de él comenta: *Lástima de Torres, mi amigo de la infancia. Pero odio a los Judas. La amistad es lo único que importa en este mundo* (1).

La ironía de la situación cae en el hecho de que el narrador está vivo porque ha traicionado a Bicéfalo y se ha quedado con el botín buscado por el enemigo. La amistad lo es todo siempre y cuando el que recibe la amistad es él. Al menor uso de fuerza el narrador entrega a Bicéfalo a sus perseguidores y lo acusa de poseer el botín en realidad en su posesión. Pero en la mente de este marginal no hay espacio para auto-reflexión o culpa. Solo alienación y supervivencia. Al cambiarse de barrio tras el conflicto con la pandilla y la muerte de Bicéfalo deja atrás sus ataduras y su orgullo de barrio. El nuevo barrio es Esmeralda, el mismo barrio con el que se compara al principio del cuento: *Ando con el Bicéfalo. . . un verdadero tipo duro... No es como esos imbéciles del barrio Esmeralda*” (1). Pero ahora la perspectiva es la inversa y la burla es a su antiguo barrio: *Ahora ando con el Oriflama. Es un tipo duro de verdad; no como esos inútiles del Barrio Noviembre* (1). La facilidad con la que el narrador cambia de alianza es indicativa de su falta de honestidad, pero más allá de eso puede verse como una expresión de una honesta y completa alienación. Es posible que el narrador no sienta el menor grado de incomodidad ante su propia hipocresía, siendo natural para el que la amistad (con él) debe ser mantenida y defendida. El mismo sentimiento de hermandad que da el título a **Cuenta conmigo** puede verse como una expresión egoísta de la búsqueda de placer y violencia. Las líneas finales dejan esta relación en claro:

—Ese me debe una. ¿Vienes? —me anima Oriflama.

—Cuenta conmigo —le respondo.

Me cargo de anfetetas y lo sigo. Somos uña y carne. Y somos los reyes del barrio Esmeralda; él y yo. La amistad verdadera es la cosa más grande de este mundo (1).

La amistad en la jungla urbana marginal no es sino un compañerismo de caza; siempre ahí para acompañar su violencia y satisfacer la suya propia. La lealtad no es hacia el otro, el amigo, sino hacia sí mismo. Los amigos ganan estatus en cuanto a accesorios y por lo tanto deben ser duros; el barrio en el que se ve obligado a vivir es justificado

por estas amistades, para que él pueda ser el rey del mejor barrio. Todo esto forma parte de la alienación marginal; el egotismo y el egoísmo como escape a la fatalidad del entorno.

Al comparar los protagonistas de **Cuenta conmigo** con los de **Un puñado de lluvia** se comparan las respectivas respuestas alienadas de estas dos clases sociales cercanas pero diferentes. La marginalidad en **Un puñado de lluvia** es de clase media baja; un abandono en la fantasía del consumo para escapar la decadencia del entorno. La alienación tiene un carácter existencial; auto-reflexión o auto-engaño. En **Cuenta conmigo** la marginalidad es lumpen. Individualismo alienado hasta el punto que se vuelve subconsciente. La conciencia basada en la supervivencia y el placer.

En una entrevista con M. González (2), Encinosa Fu dice que su inspiración viene “*del mundo —a menor o mayor escala— en que vivo. La gente que conozco, la gente que no conozco y desearía conocer, la gente que jamás desearía conocer; sobre todo, la gente que no existe pero que bien pudiera*”. Y los personajes de **Un puñado de lluvia** y **Cuenta conmigo** son una amalgama de todo esto, gente que bien podría ser real en el presente, *que no existe pero bien pudiera*. Si bien su universo posee las características del cyberpunk las historias se basan en personajes comunes; el cyberpunk extrapola la alienación, pero la marginalidad es un reflejo del presente. *No debemos olvidar que la función del escritor de ciencia ficción, sin importar el subgénero, es extrapolar procesos y volverlos verosímiles dentro de una ficción, no proponer un futuro posible* (4) comenta Mota. Michel Encinosa Fu integra las realidades cercanas y las imaginadas en un entorno extrapolado por la distopía capitalista mega-corporativa y virtual del cyberpunk. Logra así escribir *cyberpunk con i latina* (4), más influenciado por el cyberpunk norteamericano de los '80 que por el post-cyberpunk del resto de Latinoamérica pero aun fuertemente basado en sus raíces latinas.

La coincidencia de la llegada del cyberpunk y la apertura al capitalismo en Cuba explica por qué la ambientación de alta tecnología e igualmente alta marginación resurge con tanta relevancia. *Los cubanos no precisamos de una III guerra mundial o de un desastre ecológico para hablar de apocalipsis. Nosotros vimos caer la Unión Soviética y sufrimos sus consecuencias, tuvimos un Período Especial, cada año pasan al menos dos ciclones por nuestras ciudades* dice Mota (4). La apertura al turismo y a los productos extranjeros en el periodo especial trajo al mismo tiempo tecnología, miseria y marginación. Si bien el turismo permite la entrada de comodidades tecnológicas, los precios fijados para los turistas son prohibitivos para la mayoría de los isleños. Así, esta incipiente marginación provocada por el ingreso del capitalismo es fácilmente asociada a la crisis económica en Cuba en el periodo especial y extrapolada en la mega-urbe integrada del ciberpunk.

Un puñado de lluvia y **Cuenta conmigo** sobresalen como ejemplos de este ciberpunk con i. Es un ciberpunk que toma sus principales formas y características no de las adaptaciones post-punk latinoamericanas si no del cyberpunk tradicional de los '80, llegado 20 años tarde en un contexto en el que las distópicas y alienadas sociedades que presentaba se asemejaban de forma única a la realidad cubana. Si bien estos cuentos siguen las convenciones estilísticas del cyberpunk al pie de la letra, el enfoque es en los medios de adaptación y de defensa contra la alienación en la vida de personajes comunes del presente extrapolados en el futuro ficticio. Los personajes de estos cuentos son reflejos de arquetipos del presente. Así, la marginalidad latinoamericana/cubana es utilizada como material de base para la marginalidad extrapolada del futuro propuesto por el cyberpunk.

Bibliografía:

1. Encinosa Fu, Michel. **Niños de neón**. La Habana: Letras Cubanas, 2001.
2. González, M. Entrevista no titulada con Michel Encinosa Fu (2009). En web *La Jiribilla, revista de cultura cubana*. Revisada 3/19/13 en http://www.lajiribilla.cu/2009/n435_09/435_15.html
3. Maguire, Emily. **El hombre lobo en el espacio: el hacker como monstruo en el cyberpunk cubano**. *Revista Iberoamericana* núm. 227 (2009).
4. Mota, Erick. **El cyberpunk, una deconstrucción de la realidad: apuntes sobre un posible “neo-ciber-punk cubano”**. *Revista Korad* No. 0 (2010).
5. Toledano Redondo, Juan Carlos. **From Socialist Realism to Anarchist Capitalism: Cuban Cyberpunk**. *Science Fiction Studies* 32 (2005): 442-66.



Emai Cepeda: Creció en Santiago, Chile, hasta los 17, cuando fue becado para estudiar en el Colegio del Mundo Unido en Costa Rica. Ahora se encuentra cursando las carreras de Cine y Estudios Comparativos de Literatura en Northwestern University, en Illinois, EEUU.

Por unos Watt de más...

Erick J. Mota



—¡Hey, usted! ¡Su carnet de identidad, por favor! —la voz del policía, modulada por los altavoces del casco, inundó la calle— ¡Y el suyo también, ciudadano!

Por un instante todos los peatones se detuvieron. El suceso duró apenas unos segundos. La llamada estaba dirigida a dos personas que llevaban una carretilla a toda prisa. Estaban a punto de desaparecer por una calle poco transitada cuando el policía los llamó. El hombre alto de la camiseta y el forzudo con la camisa abierta se detuvieron.

Pese a no tratarse de un policía de la brigada especial, la armadura personal de kevlar, el ancho escudo transparente y el bastón de estática constituían una amenaza igualmente aterradora. El policía era considerablemente alto, muy por encima del estándar, incluso si no hubiera llevado el equipo anti motín habría resultado impresionante. A paso lento el oficial se acercó a la carretilla.

—¿Qué llevan ahí?

—Nada, oficial. —dijo el alto—. Solo materiales de construcción.

—Eso, eso —añadió el fuerte agregando un tic nervioso a sus palabras—. Un poco de polvo de piedra y arena. Nada más.

—¿Ustedes se creen que yo soy bobo? —el policía alzó el bastón y tocó el saco con la punta. El sonido metálico llegó a todos por igual— ¿De cuando acá el polvo de piedra y la arena suenan así?

Ambos hombres comenzaron a sudar frío.

Ninguno de los dos consideraba al policía una amenaza seria. Ni siquiera el bastón constituía un problema. En muchas ocasiones habían recibido golpes de estática. El escudo anti motín o la armadura tampoco era una amenaza. Aquel hombre uniformado y cubierto de kevlar no los intimidaba. Pero, desde la esquina, un artefacto colgado de un viejo

poste apuntaba hacia ellos. Su forma era alargada como un fusil pesado. A su lado, una cámara panorámica escudriñaba la calle mientras todo el equipo se sacudía y apuntaba.

Un arma-robot.

La verdadera policía en las calles.

Equipos sin vida. Vigilantes de las calles y las aceras. Respondiendo solo a la lógica de sus fríos cerebros. Tenían todo tipo de municiones. Balas ordinarias, plásticas, perforantes, antiblindados, cañones de gel inmovilizante, espuma, granadas aturdidoras... de todo. Un verdadero arsenal usado según los designios de una Inteligencia Artificial patentada en Japón y ensamblada en China. Un policía incorruptible autorizado a emplear cualquier tipo de fuerza con tal de mantener el orden. La solución de la República Popular China contra la corrupción policial. Los famosos Guardianes de Beijing ya estaban en la Habana.

Y estaban todos locos.

Lo mismo les daba por tirarle a todos los frikis que la cogían con los grupos de personas a partir de determinado número primo. Disparaban a los negros y a los de pelo largo por igual. Unas veces les atraían las lentejuelas, otras las parejas o los tríos. Incluso le disparaban a los propios policías. Imprimían en sus registros la palabra “corrupción”. Si el oficial sobrevivía al ataque quedaba fuera del servicio deshonrosamente.

Todos temían a los Tiradores Eléctricos.

La mayoría transitaba por calles vecinales donde no los habían instalado. O en las horas picos cuando las multitudes les impedían disparar. Un protocolo anti manifestaciones les impedía a sus retorcidos cerebros digitales disparar a mucha gente junta. “Cosa de las naciones unidas y los derechos humanos”,

La presencia de aquel Tirador Eléctrico era lo que ponía nerviosos a aquellos hombres, acostumbrados a lidiar con la infantería policial. Hábiles como eran en quitar bastones o encontrar con un punzón las fisuras en las corazas. Pero incapaces de luchar contra el francotirador mecánico en lo alto de un poste.

—Está bien, oficial —dijo el alto—. Es una balita.

—Repíte que no te oí.

—Una balita, un contenedor de corriente. Pero no pensábamos hacer nada malo con ella.

—¡Por supuesto! —rió el policía—. No se puede hacer nada peligroso con una balita. O se vende o se usa. Pero ambas cosas son ilegales.

—Mire, guardia, denos una oportunidad —interrumpió el fuerte—. Un hermano nuestro tiene a su mamá enferma y necesita unos watts de más...

—¿De cuánto es?

—350.

—Una de 350 ¿te cuadra?

—Pues sí ¿a cuánto?

—Cien.

—¡Oye, afloja!

—Mira lo que dice la tapa.

Podía leerse claramente en alfabeto cirílico: *Corporación sleva. 350 kilowatt. Manténgase alejado del calor y los campos radioeléctricos.* El intermediario mostró dos colmillos de oro en una sonrisa

—¿Ves? Esto es calidad.

—¿Dónde conseguiste esto?

—Rompiendo el bloqueo, compañero. De dónde lo saqué no importa. Son 350 kilowatt. ¿Te interesa, sí o no?

—Claro que me interesa. Esto en el barrio se vende como pan caliente. A nadie le alcanza para todo el mes la corriente que dan por la libreta.

—Eso no son unos cuantos watts de más —dijo el policía en tono grave—. 350 kilos son una buena cantidad de dinero en la calle.

—Mire, guardia —comenzó a decir el hombre alto—. Le voy a hablar claro porque hablando los hombres se entienden. Acá el colega y yo tenemos antecedentes por tráfico ilegal de corriente eléctrica. Si nos lleva ahora nos va a buscar tremenda complicación. Posiblemente no podamos ver la calle en un buen tiempo. Nosotros no hemos hecho nada malo, solo resolverle a la gente... No se lo pido como policía. Se lo digo de hombre a hombre.

Se hizo un silencio incómodo.

A unos metros el arma-robot se sacudió, impaciente.

—Está bien —dijo por fin el policía—. Pueden irse. Pero la balita se queda aquí.

—Pero, oficial... —comenzó a decir el forzado pero su compañero le sacudió el brazo.

—¿Quieres que te cargue con balita y todo? —continuó el policía— ¡Andando, largo de aquí!

El fuerte comenzó a murmurar la frase: —¡Qué clase de descaraos son todos ustedes! Deberían comprar más corriente a los rusos en lugar de tantas armas robot a los chinos... —pero el alto tiró de él y ambos se alejaron. El policía, por su parte, miró hacia atrás para cerciorarse de que el arma girara hacia otra dirección. Cuando estuvo fuera de su rango de visión guardó el bastón en su funda y sacó un teléfono celular del bolsillo. Apagó el circuito interno de comunicaciones y marcó un número.

—Oigo —dijo femenina desde el otro lado de la línea.

—Katia, soy yo.

— ¡Papi! ¿No estabas trabajando?

—Sí. ¿Estás en la escuela?

—Acabo de salir de clases, pero por la tarde tengo turno de Educación Física y un laboratorio.

—¿A qué hora terminas?

—Tarde.

—¿Podrías escaparte un minuto y venir hasta Infanta y Carlos III? Necesito que lleves una cosa para la casa.

—¡Papá! Estoy en la escuela...

—La universidad está ahí mismo, chica. Esto es importante

—¡No es justo!

—Katia, atiéndeme. Tengo 350 kilowatt de corriente en una balita. La acabo de decomisar y el arma robot me está mirando todo el tiempo. ¿Aún quieres quedarte leyendo hasta tarde?

—Sí. De no ser porque tengo un padre fascista que corta la corriente de toda la casa a las once de la noche.

—Lo hago porque no nos alcanza la que nos dan por la libreta. No podemos usar el soporte vital de tu abuela y la computadora al mismo tiempo. ¿Quieres más corriente? Ven aquí y lleva la balita para la casa. Educación física puede esperar.

—¿A quién se la quitaste?

—¿Y eso qué importa?

—A un infeliz de seguro. ¡Abusador como eres!

—¿Tienes idea de cuanto vale una balita de 350 en la calle? La gente se está haciendo rica con eso. Si no tuviera el uniforme tendríamos que comprarla en lugar de la comida. ¡Acaba de venir, niña!

—Si no tuvieras el uniforme saldrías por quinta avenida con un letrero de «Abajo la Revolución Energética»,

—Y terminaría preso. Déjate de boberías y ven a recoger esto. Yo no puedo moverme de aquí.

—Voy saliendo —y colgó.

El policía guardó el teléfono, puso el escudo en el suelo y se estiró. Lentamente sintió como le traqueaba la columna y la sensación de placer se apoderó de él. Pese al calor de la armadura, el sol de la calle y el pesado cinturón comenzaba a sentirse bien. Acababa de resolver 350 kilowatts, sumados a los 300 de la balita de su casa solo tendría necesidad de buscar 200 kilowatt en la Bolsa Negra. Con 850 kilos podía terminar el mes holgadamente, sin apagar el soporte vital de su suegra quien, contra todos los estereotipos, lo adoraba. Tampoco tendría que limitarle el uso de la computadora a Katia. Pensó en su hija, encaprichada en estudiar una carrera universitaria tan inservible como la Física Nuclear. Ya los rusos no eran los de antes, pensaba, como en los tiempos de su padre. Cuando ser un gran físico teórico te volvía importante. Aquello había quedado atrás con el Muro de Berlín. El viejo Daniel Sotolongo, descubridor del principio físico que hace funcionar las balitas, solo recibió la Orden José Martí. Después le dieron un Lada y mucho trabajo en el instituto. «Ese se va a morir solo» —pensó—. «Solo quiere a su Revolución y a su ciencia. Como no se ponga a botear con el Lada que le dieron se va a morir de hambre. Pero Katia no será igual. Que estudie física está bien, eso la hará más inteligente. Pero cuando se gradúe lo mejor para ella será una corporación».

—Tengo que comprarle un ipod —dijo en voz alta mientras pensaba aún en Katia—. Bastante se esfuerza, la pobre.

Ilustración: Guillermo Vidal



Erick J. Mota (Habana, 1975). Egresado de la Facultad de Física, Universidad de la Habana. Egresado del curso de técnicas narrativas del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Aficionado a la Astronomía y la Ciencia Ficción. Fue creador y editor principal del e-zine de Ciencia ficción y Fantasía Disparo en Red que se distribuyó por correo electrónico entre 2004 y 2008. Premio Guaicán de Ciencia Ficción y Fantasía 2004, convocado por el Instituto Cubano del Libro y el sitio web Guaicán Literario. Primer lugar en el concurso Ciencia Ficción 2004, convocado por la revista Juventud Técnica. Premio La

Edad de Oro de literatura de ciencia ficción y/o policíaco para jóvenes 2007, convocado por la editorial Gente Nueva. Premio TauZero de Novela Corta de Fantasía y Ciencia Ficción 2008, convocado por el sitio web de igual nombre (Chile). Premio Calendario de Ciencia ficción 2009, convocado por la Asociación Hermanos Saíz. Premio de Sexto Continente de Ciencia Ficción y Ficción Distópica, organizado por Sexto Continente (Radio Exterior de España) y Ediciones Irreverentes en 2012. Ha publicado la Noveleta **Bajo Presión** Gente Nueva, 2008. Colección de cuentos **Algunos recuerdos que valen la pena**, Abril, 2010. Colección de cuentos, **La Habana Underguater, los cuentos**, Atom Press, 2010 (Estados Unidos). Novela **La Habana Underguater, la novela**, Atom Press, 2010 (Estados Unidos). **La Habana Underguater, completa (Novela y cuentos)** Atom Press, 2010 (Estados Unidos). Colección de cuentos **Ojos de cesio radiactivo** Red EDICIONES, S.L. 2012 (España). En Korad hemos publicado sus ensayos **El Ciberpunk, una reconstrucción de la realidad** (Korad 0); **Narrador humano y narrador Alien en la literatura de ciencia ficción**. (Korad 4); **De la Espada y Hechicería al Machete y Bilongo**; **La problemática de la ciencia ficción cubana a través de los años** (Korad 15). Este es el primer cuento suyo que publicamos en Korad.

Aproximación empírica a la ciencia ficción en Ecuador

Iván Rodrigo Mendizábal

Máster en estudios de la cultura



Abordar a la ciencia ficción (CF) en el Ecuador es explorar un horizonte con pocas referencias y estudios hasta la fecha. De hecho la crítica literaria en el país le ha dedicado incipientes menciones y contadas noticias o entrevistas en periódicos, e investigadores académicos han obviado su producción.

Ecuador es reconocido por la literatura social, en la que los autores han puesto de relieve los conflictos más inmediatos de nuestra realidad. Sin embargo, sí es posible afirmar que hay un cierto desarrollo de la CF realizado por varios escritores que exploran las estrategias narrativas de ese género. En este marco, ¿cuál es la naturaleza de esta literatura en el país?

Aproximación a la ciencia ficción desde Ecuador

Existe una variedad de definiciones sobre la CF, muchas de ellas nacidas de autores que la han cultivado y de las tradiciones promovidas internacionalmente. Algunas están en *The Encyclopedia of Science Fiction*, editada online por cientos de colaboradores (entre los que me incluyo), y dirigida por John Clute y Peter Nicholls.

Leonardo Wild, influenciado por Isaac Asimov, en su artículo **Las categorías de la ciencia ficción** (1997) es uno de los primeros en definirla desde Ecuador. Señala que a esta literatura se la debe diferenciar de la de fantasía porque la naturaleza de la CF expone *el efecto de la ciencia y la tecnología en una sociedad, sea esta terrestre o extraterrestre, en el pasado, el presente o el futuro, o en cualquier variación espacio-temporal que puede considerarse como científicamente posible o probable* (Wild, 2008: 4). Enfatiza en el hecho científico-tecnológico y sus efectos en cualquier época, incluso en la variación del tiempo-espacio. Y añade que existen la ciencia ficción “suave” y “dura”; en la primera el relato alude a las ciencias naturales y sociales, mientras la segunda hace “*extrapolaciones de las ciencias exactas*” (Wild, 2008: 4).

Santiago Páez, en **Definiendo la ciencia ficción** (2007), también toma en cuenta a Asimov. Señala que la CF es la *crónica de la relación problemática que se establece entre sujetos y una realidad científica llevada a extremo lógico* (Páez, 2007: 23). Para él es una “crónica”, que en términos literarios se puede entender como relación “histórica”, como relato de hechos en el que habría al menos un testigo: el narrador. Tal relato de hechos contaría así el conflicto entre tecnologías y usuarios, entre realidad científica y efectos, los que pueden llegar a límites insospechados. Por otra parte, indica que en la CF no interesan los mitos de origen sino los que introduce la ciencia y que se vuelven insoslayables y hasta problemáticos.

Es importante también el ensayo académico de Fernando Balseca, **Ciencia ficción en los Andes Ecuatorianos** (1995), en el que señala que la aparición de la CF en el país es tardía porque los procesos de divulgación y popularización tecnológica han sido lentos, frenando el desarrollo de un imaginario de futurización nacional. Balseca, al contrario de los escritores citados, no plantea definición alguna, pero sí esboza unas características que distinguirían a la CF ecuatoriana: a) el mundo catastrófico que muestra es producto de la ineficacia tecnológica y política, y amenaza la integridad del género humano y del medio ambiente; b) habría un acercamiento a las realidades más bien

locales y de quienes combaten a los imperios de poder; c) los personajes no tienen heredad alguna y las máquinas controlan los mundos; d) la realidad es vista desde los mundos extraterrestres, cosa que hace aparecer las contradicciones de la naturaleza humana; y, e) existen realidades subterráneas que son desconocidas para el común de las personas y que la CF las pone en el centro de la percepción (Balseca, 1997: 658 y sigs.). Partiendo de la idea de que la literatura es una máquina que podría llevar a anticipar el futuro, Balseca afirma que la CF es una fábrica “precaria” de realidad virtual, gracias a la cual se ven problemas del futuro y, en definitiva, la futurización que hace de sí el ser humano. Los 2 referentes de esta idea son los escritores Santiago Páez y Fernando Naranjo.

La ciencia ficción en el Ecuador

Los trabajos de literatura de ciencia ficción se pueden encontrar en textos de: Ángel Rojas (1948), Isaac Barrera (1960), Barriga y Barriga (1980) Miguel Donoso Pareja (2002), Abdón Ubidia (2006), Alemán (2007), Erwin Buendía (2012), Iván Rodrigo Mendizábal (2013) y Solange Rodríguez Pappe (2013).



Hay que señalar que los antecedentes de la CF ecuatoriana están en la ficción científica de Francisco Campos Coello. La primera novela de ficción científica de Ecuador es **La receta** (1893), acerca de un viajero en el tiempo que luego de beber una fórmula despierta en la cosmopolita Guayaquil de 1992, cambiada por el trabajo pionero de un hombre de ciencias. Le siguen los cuentos de **Narraciones fantásticas** (1894) cuyos editores dicen pueden igualarse con los textos de Julio Verne. Otra novela suya, publicada por entregas en la revista Guayaquil Artístico, es **Viaje a Saturno** (1901) acerca del encuentro con un extraterrestre que invita a un científico a visitar su planeta. Siguiendo la vena de Verne, Alberto Arias Sánchez publica en Guayaquil **Ratos de ocio** (1896), en el que está el cuento **Un viaje a prueba**, que trata sobre un ilusorio viaje a la Luna en una nave que se asemeja a un cóndor inventada por un ingeniero norteamericano, en el que participa un ecuatoriano.

Juan León Mera, con el seudónimo de Pepe Tijeras, también firma unos cuentos acerca de la inquietud por la

ciencia y la tecnología. En los cuentos **Aventuras de una pulga contadas por ella misma**, **El médico de la muerte**, **Desde el infierno**, escritos a finales del siglo XIX en revistas literarias, compilados en **Tijeretazos y Plumadas** (1903), aparece el Dr. Moscorroffio, un científico que inventa un aparato para escuchar una huelga de pulgas, realiza un trasplante de cabeza y se negocia su vida en el infierno.

A principios del siglo XX, Manuel Gallegos Naranjo publica **Guayaquil, novela fantástica** (1901), que retrata a la ciudad –nombrada en el texto como Bello Edén– del año 2000. La obra cuenta la historia de una familia cuyo hijo llega a ser presidente y realiza obras de progreso que posteriormente son destruidas por un terremoto que hunde a la ciudad.

En Quito, Abelardo Iturralde publica **Dos vueltas alrededor del mundo** (1908), que describe un viaje imaginario realizado por un viajero omnisciente con la finalidad de mostrar la inmensidad del mundo natural y el creado por el hombre.

Las antologías en Latinoamérica sitúan a **La doble y única mujer**, de Pablo Palacio, como el primer cuento de CF de Ecuador del siglo XX. Dicho relato forma parte del libro **Un hombre muerto a puntapiés** (1927), y trata sobre una siamesa que reflexiona sobre su cuerpo y su naturaleza monstruosa. Empero, Juan Viteri Durand es el primer autor ecuatoriano que se interesa por la CF moderna. Publica en Chile, **Zarkistán** (1952), novela corta acerca de la telepatía y cuestiones metafísicas en el marco de un contacto con extraterrestres; y en el Ecuador recién aparece en 1979.

Es posible hablar ya de ciencia ficción en el Ecuador a partir de la década de 1970. Los libros de cuentos de Carlos Béjar Portilla puede encasillarse dentro del género con más rigor: **Simón el mago** (1970), **Osa mayor** (1970) y **Samballah** (1971). Estos plantean explotaciones mineras en el espacio exterior, relaciones con computadoras y robots, experimentación con genes, o sociedades donde el ser humano convive con extraterrestres.

En la década de 1980 aparece Bruno Stornaiolo con **Réquiem por el dinosaurio** o **Mingherlino'92** (1982). Esta novela anticipatoria muestra a un Quito del año 2092, donde la sobrepoblación pone en riesgo la existencia humana; para solucionar el problema se tratará de cambiar genéticamente al hombre, reduciéndole de tamaño.

Otro autor es Nicolás Kingman con **Dioses, semidioses y astronautas** (1982), que habla de un habitante inmortal en un pueblo pobre, quien ha mantenido contacto con extraterrestres, tiene la capacidad de sanar, y ayuda a sus sobrinos, inquietos científicos rurales, a ir al planeta Frías.

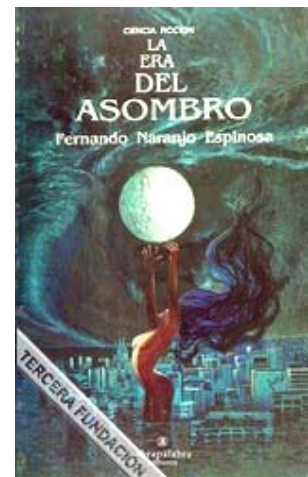
En la misma década se debe situar a Abdón Ubidia con **Divertinventos: libro de fantasías y utopías** (1989), en el que el tema es el tiempo, y las tecnologías de rejuvenecimiento, manipulación de imágenes, fabricación de la realidad y experimentos con los libros son predominantes. Le sigue **El palacio de los espejos** (1996) que, entre otras cuestiones, trata sobre la telepatía animal, los robots, los clones y la memoria. Un tercer volumen de cuentos es **La escala humana** (2009), que gira en torno al ser humano y la virtualidad.

En la década de 1990 cabe situar otro grupo de escritores que desarrollaron este género. Así, Ugo Stornaiolo publica la obra **Crónicas del siglo 21** (1990) en la que la preocupación es la supervivencia de una familia que habita en el espacio exterior: los seres humanos han ampliado su capacidad de vida.

Es especial el trabajo de Santiago Páez, **Profundo en la galaxia** (1994), un libro de cuentos sobre tecnologías que permiten cambiar la realidad o los viajes en el tiempo; y además enfoca en la dimensión humana inscrita en la historia y en la sociedad. Otros libros suyos son **Shamanes y Reyes** (1999), que habla acerca de seres humanos que se han desplazado al espacio; y **Crónicas del breve reino** (2006), novela tetralógica que describe a un Ecuador imaginario cuyos avatares políticos le llevan a su futura desmembración. Más recientemente ha lanzado **Ecuatox** (2013), un relato de ciencia ficción con intenciones satírico-políticas.

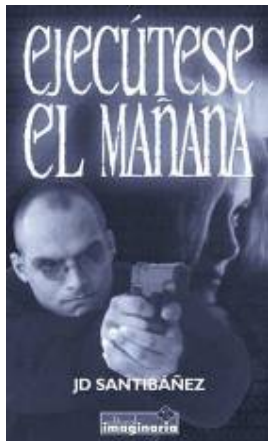
Adolfo Macías Huerta, por su parte, retoma lo fantástico y la CF. **La memoria de Midril** (1994) es un libro de cuentos en torno a la cultura imaginaria Mald, en la que sus personajes buscan solucionar su incierto destino. Este autor también publicó: **Laberinto junto al mar** (2001) que muestra a un Quito en descomposición, donde sus personajes deben someterse a una muerte aséptica de forma voluntaria; y, **La vida oculta** (2009) que gira alrededor de unos personajes adictos a una droga provista por el Estado y que deben tratar de escapar de su existencia.

En la misma década está Fernando Naranjo Espinosa con **La era del asombro** (1995), acerca de Guayaquil del siglo XXIV y la colisión del cometa Mefistos con la Tierra. Posteriormente escribió **Cuídase de los coriolis de agosto** (2006), un libro de cuentos acerca de las tecnologías que permiten los viajes en el tiempo y de los viajes interplanetarios, la maduración de una niña en el mundo postapocalíptico y la comunicación con otros seres. Previo a dichas obras Naranjo se hizo conocer en el terreno de los cómics. Uno de los primeros de ciencia ficción es **Quil, la chica del futuro** (1985), publicado en el vespertino **El Meridiano**, de Guayaquil.



Leonardo Wild es también un referente con obras que mezclan ciencia ficción, *thriller*, aventura fantástica y lo policial. Inicialmente publicó en Alemania **Unemotion** (1996) y **Die Insel die es nie gab** (1997); luego **Orquídea negra o el factor vida** (1999), un relato sobre la destrucción de un planeta y cómo algunos de sus sobrevivientes tratan de hallar otro mundo para procrear vida; y **Cotopaxi, alerta roja** (2006, reeditada en 2013), novela en clave científica acerca de la erupción del volcán Cotopaxi, su monitoreo y

cómo los intereses políticos pueden afectar la vida de la población. En 2013 publicó **Yo artificial** –traducción de **Unemotion**–, sobre el centro Biósfera, cercano a Quito, que concreta un proyecto liberador de la sociedad detentada por megacorporaciones que trafican con los desastres naturales.



Una de las escritoras más representativas de la literatura con sello femenino es Alicia Yáñez Cossío, quien también incursionó en la CF con **El beso y otras fricciones** (1999). Ahí hay cuentos acerca de la tecnología y la deshumanización en un mundo futuro; sus personajes tratan de encontrar la fórmula de la supervivencia en el amor.

En el siglo XXI el interés por cultivar el género sigue no solo por los nombrados escritores sino también por nuevas generaciones de jóvenes.

Así José Daniel Santibáñez publica **Ejecútese el mañana** (2000) un *thriller* que muestra un futuro Guayaquil y la lucha de mercenarios. Santibáñez también sobresale en el cómic y la novela gráfica con **Cómic Book** (2008) que contiene 27 cuentos gráficos de CF y aventuras,

en los que se entremezclan *cowboys*, viajeros en el tiempo y diversos monstruos, etc. Asimismo está Ney Yépez Cortés con **Mundos abiertos** (2001) e **Historias ocultas** (2003), con temas míticos y fantásticos mezclados con esoterismo. En **Crónicas intraterrestres en la Cueva de los Tayos** (2010), Yépez toma el asunto de los seres intraterrestres y su avanzada civilización.

Se debe citar la obra de teatro de CF, **Mickey mouse a gogó** (2001), de Paúl Puma, sobre un clon en el año 2100 que trata de escapar de una sociedad que convierte la tecnología en basura.

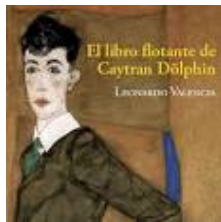
Otro trabajo es de Edgardo Falconí Palacios, Jr., **Euro boy** (2001), sobre un hombre de 2030 que hace un viaje al pasado para tomar conciencia de su vida.

Jorge Valentín Miño incursiona en la CF con una novela, **Crayón púrpura** (2002), que narra la lucha de ángeles, hombres y otros seres cuando sucede el último eclipse al final del siglo XX. Igualmente ha publicado dos libros de cuentos, **Begonias en el campo de Marte** (2005) e **Identidad** (2012). Es uno de los escritores más antologados a nivel internacional por la calidad de sus relatos y los premios que ha conseguido.

Julio César Vizuite aporta **Verde, verde** (2003), novela que muestra la lucha de un grupo de ecologistas que tratan de impedir el impacto tecnológico negativo en la explotación de zonas costeras de Ecuador.

Otro narrador es Máximo Ortega Vintimilla con **El hombre que pintaba mariposas muertas** (2004), con cuentos acerca de seres multidimensionales, alucinaciones, historias fantasmagóricas que ligan 2 tiempos, presente y futuro. Otra obra suya es **El arcoíris del tiempo** (2010) acerca de la manipulación del tiempo y la deshumanización en la Tierra.

En la aventura fantástica épica y la CF está Catalina Miranda P. con **Khardia, sacerdotes y demonios de la Atlántida** (2005) y **La estrella roja** (2009). En la primera nos remonta a una Atlántida amenazada por las fuerzas del mal y la lucha de un grupo de sacerdotes que debe enfrentar el evento con su sabiduría. En la segunda, una nave de exploración minera, que viaja a Orión, es desviada hacia una nebulosa en busca de vida.



Cabe mencionar también 2 obras con tintes apocalípticos acerca de Guayaquil: **Río de sombras** (2003), de Jorge Velasco Mackenzie, y **El libro flotante de Caytran Dölpfin** (2006), de Leonardo Valencia. El primero muestra la ciudad de Guayaquil próxima a ser devastada por las fuerzas naturales, ocasión que sirve para que el personaje principal vaya al encuentro de él mismo cuando se interna en unos manglares donde existe una ciudad fantástica. En la segunda, Guayaquil ha sido inundada y casi destruida, y esto da lugar a que sus personajes escriban historias, emulando un libro fragmentario el cual ha pervivido.

En los recientes años se conoce un nuevo puñado de escritores que exploran la estética de la CF. Eduardo Villacís Pástor es uno de ellos con **El espejo humeante** (2007), una especie de catálogo museístico de la colonización invertida de Europa que realizan los aztecas aprovechando la llegada Cristóbal Colón como inmigrante. Otro es Pedro Artieda Santa Cruz con **La última pared roja** (2008), que cuenta la historia de 3 personajes que viven en una ciudad subterránea futurista ya que el aire de la Tierra se ha deteriorado. También están Renato Gudiño con **El Edén de la tenue luz** (2009), sobre la posible destrucción de la Tierra; Yvonne Zúñiga con **Casi mágica, relato fantástico** (2009), acerca de la búsqueda de la felicidad en otra dimensión; Leonardo Vivar Ayora con **La rebelión del silicio** (2010), el cual es una colección de relatos de robots mezclados con lo místico, cuyo trasfondo es la exploración de la cordillera andina; María Fernanda Pasaguay con **Ondisplay 2.0** (2010), acerca de una relación amorosa tomando como medio la comunicación virtual en 2017; y Henry Bãx (seudónimo de Galo Silva B.) con **El último Siloíta** (2010) y **El inventor de sueños**, relatos de ciencia ficción (2011), ambas acerca de las tecnologías, el mejoramiento de la calidad de vida y sobre todo la posibilidad de engendrar vida.



En este grupo se ubican, además, José Carranza Carrillo con **El clonado** (2011), acerca del dilema de la clonación humana; Mariana Falconí Samaniego con **Destino final: Orión** (2012), que plantea que los ángeles son extraterrestres; Christian Valencia con **Caos** (2012), que trata acerca de unos *hackers* informáticos; José Eduardo Villacís Mejía con **Unvral, la llave del Universo** (2012) que novela los misterios de origen de los americanos; Carlos Mendoza con **Angeluz, el pacto del solitario** (2012), sobre un joven que encuentra a un ser que le lleva a otro mundo más esperanzador; nuevamente Leonardo Vivar Ayora con **Fauna Cuántica** (2012), metáfora del origen del universo a través de un animal fantástico el cual ve el paso del hombre como depredador del orden físico-cósmico; y Andrés Paredes con **Ciudad Diamantina: el tatuador**

(2013), sobre un inventor que traspasa la hiperrealidad para ir a otro mundo.

Tenemos que concluir indicando que la ciencia ficción en Ecuador tiene una historia, aunque no existe una fuerte tradición. Si bien hay en el país un vasto universo literario que abarca otros temas y géneros, la preocupación que tienen los escritores ecuatorianos por cultivar la ciencia ficción es siempre creciente, tal como se ha visto.

Bibliografía

Alemán, Á. (Agosto de 2007). Ciencia ficción/Ecuador: apuntes para un comentario. Anaconda arte y cultura, pp. 8-19.

Balseca, F. (1997). Ciencia ficción en los Andes Ecuatorianos. En R. J. Kaliman (Ed.), Memorias de JALLA Tucumán 1995. I, pp. 656-663. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.

Barrera, I. (1960). Historia de la literatura ecuatoriana. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana.

Barriga López, F., & Barriga López, L. (1980). Diccionario de la literatura ecuatoriana (Vol. V). Guayaquil: Casa de la Cultura, núcleo Guayas.

Buendía, E. (2012). Si alguna vez llegamos a las estrellas: escritos sobre literatura fantástica y de ciencia ficción. Quito: La Caracola.

Clute, J., & Nicholls: (Eds.). (2011-2013). The Encyclopedia of Science Fiction. Recuperado en 2013 de <http://www.sf-encyclopedia.com/>

Donoso Pareja, M. (2002). Nuevo realismo ecuatoriano. Quito: Eskeletra.

Ferreras, J. I. (1972). La novela de ciencia ficción. Madrid: Siglo XXI.

Páez, S. (1 de Agosto de 2008). Caminos para la literatura fantástica en nuestro país. Qubit, pp. 29-30.

Páez, S. (Agosto de 2007). Definiendo la ciencia ficción. Anaconda, cultura y arte, pp. 20-26.

Rodrigo Mendizábal, I. (30 de Diciembre de 2012). Ecuador science fiction. Recuperado de The Science Fiction Encyclopedia: <http://www.sf-encyclopedia.com/entry/ecuador>

Rodríguez Pappe, S. (2 de Septiembre de 2013). Escritores marcianos: Una mirada a la crítica y a las narraciones de ciencia ficción en Ecuador. Cartón Piedra, pp. 13-17.

Rojas, Á. F. (1948). La novela ecuatoriana. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Ubidía, A. (2006). Un siglo del relato ecuatoriano. En F. Corral Burbano de Lara, Testigo del siglo: el Ecuador visto a través de diario El Comercio, 1906-2006. Quito: El Comercio.

Wild, L. (1 de Agosto de 2008). Las categorías de ficción en el Ecuador. Qubit, pp. 3-8



Iván Rodrigo-Mendizábal (La Paz-Bolivia, 1961). Licenciado en Ciencias de la Comunicación Social (Universidad Católica Boliviana San Pablo). Magister en Estudios de la Cultura, mención Comunicación (Universidad Andina Simón Bolívar-Ecuador). Ex-Secretario Ejecutivo de la Organización Católica Internacional del Cine-América Latina (OCIC-AL). Actualmente Coordinador de la Unidad Académica de Comunicación de la Universidad de Los Hemisferios (Quito-Ecuador). Profesor e investigador invitado en la Universidad Andina Simón Bolívar-Ecuador y de la FLACSO, sede Ecuador. Entre otros, autor de: **El lápiz electrónico**; **Análisis del discurso social y político** (junto a Teun van Dijk); **Cartografías de la comunicación**; **Máquinas de pensar: videojuegos, representaciones y simulaciones de poder**.

LA ZORRA DEL AIRE

Fernando Naranjo Espinoza



Es con lengua de soñadores que digo:

VÍA LÁCTEA

SECTOR CODIFICADO “ACQUA”

ESTRELLA DE II GENERACIÓN

TIPO ESPECTRAL G4

60 MUNDOS

9 PLANETAS

4 SÓLIDOS

5 GASEOSOS

III PLANETA

VIDA EN SIMBIOSIS

ESPECIES COMPOSITORAS: CETÁCEOS Y PRIMATES

PRIMATES

SUBESPECIE: HUMANOS

HÁBITAT TÍPICO: CONCENTRACIONES URBANAS

CONCENTRACIÓN URBANA DENOMINADA “GQ”

PRÓXIMA A ECUADOR PLANETARIO

1’800.000 ENTIDADES SEXUADAS SOCIALMENTE SEGREGADAS

ESPACIO URBANO PERIFÉRICO

SECTOR CODIFICADO “GQG”

ESPÉCIMEN DE OBSERVACIÓN

ACTIVIDAD BÁSICA: SUBSISTENCIA A BASE DE

INGESTIÓN Y POSTERIOR METABOLISMO DE SUSTANCIAS NUTRITIVAS (NITROGENADOS, FOSFATOS, AGUA, HIDRATOS DE CARBONO)

ACOPIO DE ALIMENTOS SOCIALMENTE DISCRIMINADO

DESARROLLO CEREBRAL INFERIOR AL 10%

PORTADOR DE TESTOSTERONA

ACTIVIDAD DE INTERÉS COLATERAL:

CÓPULA SEXUAL NO REPRODUCTORA

Y CONSUMO DE FERMENTOS DE ORIGEN VEGETAL

Acotación referente a mi inserción mimética en el estrato humano arriba tipificado: HE RECREADO UN CUERPO HEMBRA DE LA ESPECIE, NO INCUBABLE, semejante a la ilustración de un calendario que posee la criatura.

RÉPLICA DEL OBJETIVO DE LA MISIÓN: OBSERVAR y hacer acopio de registros moleculares secretados por el espécimen. ¡ATENCIÓN!: NO PROCEDE COMUNICACIÓN con el sujeto observado.

Especimen NO es intelectualmente apto para intercambio de información. Ubicado en el estrato social mayoritario en este mundo, 65%, sus actividades se limitan a reproducir su fuerza de trabajo.

Y es con lengua de soñadores que recuerdo:

La tercera ocasión que observé la luna llena, lucía redonda en la noche estrellada. La temporada cuando el agua cae de las nubes había cesado y las actividades de los pobladores de este planeta se volvían más intensas; sólo un evento me parecía cotidiano: la criatura que observaba salía furtiva durante el período nocturno de su mundo. Evadía las luces y muchedumbres, eludía vehículos y charcos y caminaba entre las sombras. Voluntaria y sistemáticamente la criatura evitaba comunicarse con otras de su especie (aunque intentaba hacerlo —sin éxito— con cuadrúpedos ladrones, los de gran olfato); era huraño y silencioso. Una de sus extremidades inferiores presentaba una malformación de origen traumático que volvía torpe su andar y la obligaba a usar una prótesis rudimentaria. Su respiración iba acompañada con harta frecuencia de inhalaciones de residuos vegetales que se consumían lentamente en un receptáculo que sostenía con su boca. Sus pulmones no estaban bien pero, por entonces, atribuí la eventual extinción de su vida a complicaciones hepáticas ocasionadas por la absorción excesiva de productos etílicos. Su comunidad, periférica respecto de la concentración urbana llamada Guayaquil, estaba próxima a un brazo de mar.

La primera vez que aproximé este cuerpo que ocupó al de la criatura, a fin de percibirla mejor, tomé nota de su sagacidad: de pronto, el espécimen desapareció entre las sombras del crepúsculo... Aquello me llenó de estupor; es imposible, me dije, porque estas criaturas desconocen principios como la invisibilidad volitiva, así que juzgué que había confiado exageradamente en la capacidad visual del cuerpo y que simplemente la criatura se había escurrido. Tal vez quería jugar. Shhh... Silencio... Un ruido muy leve... ¡Y atención! Permití que una hormona hipertensora fluyera libremente por la red neural, y percibí intensificada una voz a las espaldas, aliento ácido en la nuca, un brazo que apretaba y asfixiaba al cuerpo. Me veo luchando torpe y desesperadamente por zafarme. Me ahoga, me mata, quiero respirar. Había sucedido lo que temía: me había compenetrado con el cuerpo.

—¿De dónde sales, gatita? —dijo, entrecortada, la agitada voz del espécimen.

Señalé hacia el espacio con el dedo más largo de la mano siniestra y entonces él me soltó compasivo y pareció festejar mi comunicación. Luego me observó con largueza, caminó a mí alrededor y, de súbito, se aferró a la cintura, me hizo girar sobre los talones, y me soltó, me dejó en el aire un segundo, y me agarró nuevamente, evitando la caída, como si se tratara de un baile, y sin soltar su prótesis de madera.

—¿Cómo puede salir del aire mi'jita, sin que nadie la haya secuestrado? ¡Venga, que la acompañe!

Articulé entonces mis primeros vocablos:

—Esa no es la ruta de tu puerta —le dije. Pero aquello lo incomodó, se envaró desconfiado y, sin que pudiera anticiparlo, me tomó del brazo, lo torció contra la espalda y, me llevó a la fuerza por varias callejuelas. Evadió grupos de individuos que expresaron gran curiosidad por nosotros como pareja, cruzamos luego un puente rudimentario que él sorteó con habilidad, a pesar de su cojera, y llegamos finalmente a un cobertizo lacustre que era su estación de trabajo. Vi una canoa amarrada a uno de los pilotes de su vivienda, percibí el olor de las marismas cercanas impregnado en todos los enseres, mientras el viento de la tarde secaba redes zurcidas el ropaje del sujeto.

—¡Pasa! —me ordenó— ¡Aquí es donde me vas a decir qué carajo te traes!

No solo había curiosidad en su talante. Además crecía un odio germinal que se tradujo en un empujón brutal que me arrojó de bruces en la oscuridad. Atracó la puerta con la prótesis y, rengueando, se aproximó mientras me incorporaba.

Deploré que el/mi cuerpo no registrara en el infrarrojo del espectro, pues no podía verlo y todo el sitio era como una caja de sonidos. Sin dejar de renguear dio vueltas y vueltas por la habitación. Podía sentirlo hablándose, aconsejándose, dándose ánimos sobre cómo proceder. Se apoyaba con solvencia en muebles visibles sólo para él, bloqueaba cualquier intento mío de pararme y escapar de su control.

—¡Estate quieta o te mato! ¿Me oyes? Te tengo chequeada, pendeja, desde hace días. Tú a mí no me vas a hacer cojudo. Dime qué te traes —decía, mientras sus dedos comenzaron a hurgarme por todos lados. Sin su prótesis de madera sus movimientos eran torpemente pendulares y su tacto se volvía ciego, así que encendió una lumbre sobre una mesita. Me miró desde su modesta altura y noté que su rostro expresaba una satisfacción profunda.

—¿Puedo olerte? —pregunté, y olí a caries en su risa.

—Con el “Cojo” puedes hacer lo que quieras y lo que se te antoje, mujer. Todo, menos tratarlo de tonto. Dime, ¿quién te manda? ¡A ver, a ver! —murmuró sorprendido al introducir su mano abierta bajo el vestido—. ¡No traes nada por dentro! ¡Eres una zorra, claro! —dijo como si hubiera hecho un descubrimiento extraordinario y concluyente—. ¡Una zorra del aire!

Entonces al sujeto se le humedecieron los ojos, extendió tembloroso las manos largas, ásperas y nudosas, me abrazó de costado, y con sus piernas se adhirió a la/mi piel del muslo, y comenzó a menearse como un ladrador. Percibí con nitidez sus secreciones internas: una asombrosa marejada de hormonas hipertensoras le comunicaba una exaltación incontrolable que bloqueó sus procesos mentales de abstención. Sin despojarme de la indumentaria, la mano que tenía por delante se entretuvo un buen rato con los pezones de los senos del cuerpo, mientras que la otra estaba anclada entre los glúteos; luego giró detrás del cuerpo y, mientras jadeaba contra la nuca, sus manos que anidaban y sopesaban los senos, descendieron por el/mi estómago, saltaron como arañas a las rodillas y entonces ascendieron brutalmente a lo largo de los/mis muslos hasta incrustarse en el/mi sexo, que estaba pleno de secreciones lubricantes. El cuerpo reaccionó ante la violencia del sujeto, sintió dolor y, automáticamente, golpeó con el codo al hombre que distendió sus mandíbulas para reír a carcajadas.

—¡Qué majadera, mi'jita! ¡Qué majadera, por Dios! ¡Y qué mojada que está! Venga conmigo, mujer. Sé qué hacer en estos casos.

Rengueando, la criatura tomó la lumbre que hacía surgir objetos de las sombras hasta que, de un rincón, surgió un catre. Sacudió las sábanas, se sentó al borde y, mientras me observaba, golpeó insistente cariñosamente el espacio donde yo debía sentarme. Los olores que emanaba eran tan penetrantes que pensé que todo el vecindario debía percibirlos y que no sería nada raro que, de pronto, muchas hembras de la especie aparecieran atendiendo a la llamada del macho... Pero nada semejante sucedió. El sujeto comenzó a desnudarme lentamente, lo cual no cuadraba con el esquema presentado, ni con lo acelerado de su pulso ni con la ininterrumpida secreción de hormonas.

Provisto de unos arrestos impredecibles, aquella noche copuló hasta el amanecer y, con los primeros rayos de su estrella, se volvió locuaz. Me habló de su vida y de sus venturas, y cuando su historia dio la vuelta y llegó, de nuevo, a su presente, me confirmó que era su ángel, que no era más que una zorra, que me largara al clarear, y que no me fuera. La luz de la mañana se filtró entre las hendijas de los mamparos de la casa iluminando la cama, y entonces notó que había sangre en las sábanas, y así percibí, por primera vez, el inconfundible olor del pánico.

—Tu edad, puta de mierda, dime. Dime: ¿cuántos años tienes?

No supe qué responderle. Era tan interesante su miedo y la necesidad de conservar el registro de semejante olor, que tartamudeé. Supuse que el cuerpo debía representar 20 o 22 revoluciones del mundo alrededor de su estrella, o como 240 períodos lunares...

—Como veinte años —dije.

Su reacción de alivio fue expresada con tos sonora y fingida, lo cual me decepcionó, pues inmediatamente desapareció el olor del miedo. En cambio, suspiró enternecido —y, bueno, olí su ternura—, me tomó la cabeza entre sus recias manos y apretó sus labios sobre la/mi frente. Luego volteó las sábanas, y haciéndome cómplice de su ocurrencia con ojos entornados y alegres, abrió las ventanas de par en par y las colgó, como cortinajes en cuyo centro destacaba el manchón de sangre que proclamaba que el cuerpo había sido penetrado por primera vez.

Mas, la euforia fue fugaz y pronto se llenó de amargura. Se puso a maldecir insistentemente porque, según él, aquello era demasiado bueno como para que le sucediera al “Cojo” y volvió a su cantaleta (“pronto te largarás, puta de mierda”), y a anunciar que desde ese instante tendría que alistarse para el momento en que me largara de su lado, y hasta describió el tipo de sujeto con quien lo haría.

—Vamos, mujer. Tengo que llevarte a casa.

Salimos de la covacha y avanzamos silenciosos a través del rumor del nuevo día. Me miraba resentido pues, a medida que nos aproximábamos a su morada, debía soportar la broma de vecinos madrugadores. Pensaba en mí como si fuera de su propiedad (“eres mía, mía, mía”) y lo enfurecía que otros hombres hicieran ostentación de sus deseos de copular, mientras los dos caminábamos.

Cuando entramos a su hogar me preguntó si sabía cocinar. Se refería al método humano de transformar en digeribles los alimentos por calor. Él respondió por mí y se enojó consigo mismo por esperar demasiado de su zorra del aire.

—¡Ah! Porque tirar si sabes ¿no? Pero... ¿cómo aprendiste si eras...? ¡Ah! ¡Qué diablos! Lo que importa es que lo haces como un demonio. Eso, como dice mi compadre Antenor: culear, comer y cagar... para un pobre debe ser suficiente.

El temor de que me fuera lo retuvo en casa por algo más de dos semanas. Un día viernes, cuando se agotaron las provisiones, coincidió que en el depósito de alimentos, le cerraron el crédito. Con resignación —un olor muy peculiar pero abundante— me dijo que tenía que camellar, y que me iba a dejar encerrada.

—Me limpias este relajo, y me preparas unos patacones. Yo he de llegar como a las seis, así que no se te ocurra prepararlos con demasiada anticipación, que yo detesto el verde frío. Ponte pilas.

Quedé a solas y recapitulé las semanas junto al hombre cojo. Me satisfizo entender cada vez mejor las sutilezas de su lengua y evalué con mayor objetividad el campo de sus pasiones. Comprendí que los humanos tuvieran tan poco desarrollados sus lóbulos olfativos porque dejan todo el trabajo a los ojos y al lenguaje. Sentí que yo le fascinaba, y que la criatura expresaba por mí un fervor análogo al de los ladradores por sus amos. Copulaba con ansiedad, con tristeza, con rabia, como animal. Guardo muchos registros olfativos de esa época pero, dado que el campo de acción se tornaba limitado, decidí ampliar mis prospecciones hacia otros humanos del entorno.

Entonces anocheció... El hombre volvió a casa lleno de ansiedad, disimulada torpemente con un disfraz de reproches. Pues lo cierto era que se alegraba de que no me hubiese marchado y no se acordó de los patacones.

—¡Mira! —dijo con placer. Y me mostró una sarta de crustáceos decápodos, ricos en oxalato de calcio, que fueron extinguidos hábilmente por su cuchillo. Luego los lavó, aderezó y cocinó a fuego lento (“para que aprendas”). Al terminar la tarea, continuaba sombrío. Salió hacia los abarrotos y volvió con dos sujetos y varios recipientes de fermento de cebada.

—Les presento a mi mujer —dijo circunspecto—. Mujer, estos son el “Pitufo” Cortez y Gerardo...

—Ponce, para servir a su merced —interrumpió el nuevo espécimen, haciendo una inclinación.

Las nuevas criaturas me perseguían con sus miradas sedientas, como si lidiaran con una fuente, en especial cuando trasponía el umbral del cuarto de cocción y la luz transparentaba mi atuendo. Estos sujetos estaban mejor conservados que la criatura coja, pero el que dijo llamarse Ponce era tuerto.

Comieron hasta hartarse y entonces el cojo se marchó por más cervezas. Fue en ese instante que sucedió la transfiguración de Ponce y el “Pitufo”, de pseudo-mansos visitantes en cazadores tenaces y hambrientos.

—El cojo es buena gente, señora —dijo Ponce, reservadamente olisqueándome las orejas—. Pero a que no se imagina por qué se quedó cojo. ¿Ah? Travesuras, señora. Trastadas del cojo cuando no era cojo. Un día lo pescaron empiernado con una mujer ajena y casi lo matan. Tuvo que tirarse casa abajo.

Unos ruidos tenues y sofocados me revelaron el retorno del cojo que, al acecho, se ubicó detrás de la puerta. Todo en él era tensión, mutismo controlado, tensa inmovilidad para escudriñar atentamente los entresijos de la conversación. Había nuevos olores en todo ese espionaje y me dirigí deprisa hacia la entrada, pasé delante tal tuerto que me agarró los glúteos con desesperación, pero en eso el cojo empujó la puerta violentamente y me arrojó contra Ponce, que emitió un fugaz aroma de miedo.

—¿Tienen algo de música? —preguntó el tuerto, pugnando por salirse del susto. Ante la pregunta, el cojo se tornó solemne y allí, de pie, bajo el dintel de acceso, recortando épicamente la exaltada luz del atardecer de este mundo, ordenó:

—Póngase a Carmencita Lara, mi’jita.

—¡Eso está muy bien! —celebró Ponce—. Esto va para largo, si no le molesta a la señora.

El cojo lo miró con total desprecio, pero su control de la situación se redujo en forma terrible, lo que me pareció apropiado y conveniente. No podía ser que acaparara en sus manos mis posibilidades de comprobar si los olores de los nuevos especímenes eran réplicas exactas o no, para situaciones análogas de pretensión de cópula. Intuía que no debían diferir de sujeto a sujeto, pero identificar compatibilidad sexual por aroma sería una frustración perpetua para la evolución de esta especie... Por eso confiaban tanto en sus ojos...

—¡Aquí, estimado amigo, el que manda soy yo! ¡Así que compórtese! —declaró ruidosamente el cojo, sacándome de mis devaneos.

—¡Puta, pana! ¿Qué me quiere decir? —rebatí Ponce, desafiante.

—¡Tranquilo, ñaño! —intervino por primera vez el “Pitufo”—. Esta es su casa.

—¡Sí, pero es que viene con huevadas! Yo sólo he dicho que si soy bienvenido me quedo. Si no, me barajo y punto.

El cojo se refugió en su silencio. Ya no podía echarlos. Registré su cansancio: estaba energéticamente descargado y no se esforzó más por mantener el liderazgo sobre las actividades de la casa. Prefirió continuar libando... Como era de suponer el sueño terminó por dominar su rabia.

El aroma de su sueño expresaba inquietud. La amplitud perceptiva del espectro olfativo que implanté en el/mi cuerpo daba resultados pero, a ratos, optaba también por levantamiento audio-visuales, como en ese instante, cuando la fase movimiento-ocular-rápida del sueño de la criatura coja indicaba que su cerebro descarga basura emotiva. El síntoma era contundente, pues el cojo roncaba.

Los nuevos ejemplares se alegraron con este desenlace, enseñaron sus dientes, suspiraron y se frotaron las manos con regocijo, hablaron elocuentemente con señales de ojos y manos y acordaron acciones concertadas y estrategias. De los dos, el líder indiscutible era Ponce, a pesar de que su impulso sexual era de inferior calidad que el generado por el más joven, que se retiró desalentado cuando el tuerto así lo dispuso. Antes de que se fuera le dije, al oído, que volviera luego, que deseaba percibirlo también.

—La señora quiere estar conmigo, Ponce. Escúchala.

—¡Termina ya barajarte, conchetumadre! —lo imprecó el tuerto y lo empujó puertas afuera. Luego, dirigiéndose a mí, pidió que le prestara el baño, “señorita”.

Mientras pugnaba por catalogar el aroma residual de la desilusión del chico, guie a Ponce hacia un patio lateral, cuando me sorprendieron sus mucosas bucales en la nuca. ¡Qué contrariedad! Lo cierto es que el cuerpo no podía anticiparse adecuadamente a los hechos, y las reacciones no siempre eran objetivas: aparté al tuerto con un empujón que lo dejó sin aliento y el sujeto manifestó su estupor ante la fuerza que fui capaz de transmitir. Temí, por un momento, que se retirara, pero atisé algo novedoso: la fragancia de la templanza; que, enseguida se replegó y dejó paso al olor correspondiente al de una excitación tal que no le quedó más objetivo en su cerebro que el de penetrarme.

Y me penetró. Con furor, con mucha rapidez y altanería, inmensamente preocupado por la opinión que pudiera guardar de él una vez que hubiese concluido. Su eyaculación fue precoz y aquello lo puso de mal talante.

—Usted es fría, señora... Usted no goza. Usted no parece mujer —manifestó ofendido. Luego salió deprisa, escupiendo al suelo.

Al instante, regresó el “Pitufo” cauteloso y lleno de ilusión. Olía a un temor inepto y candoroso que lo paralizaba. Lo llevé de la mano hacia el catre y resultó compensador comprobar que su excitación, lejos de mitigarse con el paso del tiempo, se había incrementado, y que sus aromas eran más intensos que todos los registrados hasta entonces. Lo atribuí a su juventud y a una emoción-semilla, una suerte de pasión en ciernes que podía hacer fracasar el objetivo aséptico de la misión de no involucrar aspectos comunicativos con los seres del mundo.

El caso es que el joven comenzó a disponer del/mi cuerpo de una manera casi religiosa. Había esmero y fervor, una entrega altruista y apasionada. Aun más: él NO era objeto de sus preocupaciones y, mientras calibrada sus emociones, se dedicó a administrar inteligentemente todas las posibilidades sensoriales del cuerpo hembra. Lo más extraordinario era que había pasado por alto los aromas que este cuerpo era capaz de producir en circunstancias análogas de excitación, que era el estado hasta donde el joven lo había llevado. Después, se dio una insólita respuesta, una preocupante autonomía del/mi cuerpo; autonomía que, en ese momento, ni podía ni quería sublimar. El cuerpo se movía sincopadamente al ritmo que imponía la penetración del joven mientras era hurgado, estrujado, lamido, besado, mordido, con dosificado embeleso por parte de él. Contra todo pronóstico el/mi cuerpo le contestó. Lo acosó, le

exigió, lo llevaba y lo traía, lo volvió loco hasta que naufragó, a gritos, en el aroma de esa locura breve que, me temí, este/mi cuerpo iba a querer repetir, de allí en adelante, con verdadera frecuencia.

Y las lunas pasaron, pasaron y pasaron. Con el tiempo, el cojo desarrolló la feromona del disimulo y me espiaba con moderación, anhelando dar con algún indicio que legitimara su derecho a reclamar mi vida como de su propiedad.

Un día me obsequió un cachorro de ladrador... ¡Qué hallazgo! Con el perro desarrollé una conexión olfativa idealmente compatible con mi actividad. Su ayuda fue inconmensurable pues sus reacciones aromáticas eran extremadamente sensibles y, por tanto, más desarrolladas que las del/mi cuerpo. El animal realizaba una catalogación de la estructura química de los olores tan compleja y diáfana, que pude archivar con mayor facilidad los registros útiles para la misión.

Cuando creció se convirtió en mi celador y, si salíamos de compras a la abacería, buscaba mi olor en la entrepierna de los sujetos que habían estado conmigo, lo cual provocaba hilaridad entre los amigos del cojo. Otros hábitos del perro, al orinar por ejemplo, o al encontrarse con otro ejemplar de su especie, o al buscar comida, me permitieron evaluar la “duración” de los olores en términos de tiempo, que es un componente no contemplado por los diseñadores de la Misión de Observación del Mundo de Agua.

Mis investigaciones se dirigieron, entonces, hacia el registro de residuos aromáticos en genitales sin cópula reciente. Pude inferir cuándo fue la última vez que copularon, el promedio estadístico de cópulas por unidad de tiempo, las edades, estrato laboral y los rezagos aromáticos de las criaturas involucradas. Descubrí de ese modo una práctica muy común en el vecindario, y muy mal disimulada por los protagonistas, conocida como adulterio. Lo que tornó más comprensible la actitud del cojo hacia este cuerpo, aunque nunca “se las olió”, como lo hacía el perro.

Momentos propicios para estas pesquisas fueron los viernes, como el descrito al comienzo de mi permanencia en este mundo.

Pues sí, los viernes proliferaron. Y se convirtieron en decenas de viernes. Los aspectos técnicos de la misión no se volvieron rutinarios debido al enfoque, verdaderamente insólito, que el cojo desplegó con respecto a sus relaciones con... conmigo.

Fui su señora, según el estado de la marea de sus endorfinas, de su talante, de su estado anímico, y de domingo a jueves. Respetaba en silencio los períodos menstruales, persistía a ratos en enamorarme, y abandonó finalmente su tarea de colector de crustáceos. Inauguró, en compensación, una “cantina” que le permitió librar copiosamente, gracias al diferencial monetario obtenido del inmenso consumo de cerveza que sus amigos hacían, mientras esperaban con ansias que, por favor, se durmiera. Todos los viernes, cuando el salón estaba lleno, el hombre cojo me exhibía por la sala y, tomándome del talle, me hacía girar en el aire y me recogía siempre sin dejarme caer y sin soltar su muleta, como lo hicimos el día de nuestro primer encuentro. Esa era la presentación de rigor que todos sus clientes esperaban y aplaudían.

La casa, naturalmente, cambió en su funcionalidad. Llenó la sala de mesitas y bancos, amplió el retrete, puso un mostrador de atención, un pedestal para el perro que se volvió enorme, y me vistió con ropas más ligeras y traslúcidas que lo usual entre las hembras de la vecindad. Estas desarrollaron, a partir de entonces, un odio furibundo hacia mí, lo que enriqueció los depósitos de aromas, que fueron debidamente catalogados gracias a los muchos contactos que las aludidas se dieron forma de entablar conmigo. Consistían, básicamente, en reclamos airados ya fuere en la abacería o en la carreta del legumbrero, donde primaba el sesgo furioso y resentido que generaba mi presencia en el vecindario.

Sólo una ocasión se dio un encuentro sexual con otra hembra. Los aromas eran semejantes a los secretados por el cuerpo, con las sutiles diferencias de rigor y, en cuanto a su intensidad, quedó anidado en mis archivos que los efectos en mi cuerpo fueron semejantes a los inducidos por el “Pitufu”, que prefirió marcharse antes que verme “envilecida”.

*

Como era de esperar, su nueva actividad económica acarreó nuevas pautas de conducta para las que no siempre el cojo estuvo preparado.

Un día, por ejemplo, como seis meses después de su partida, el “Pitufu” volvió. El cojo dormía y, a pesar del riesgo que implicaba pasar por encima del turno que otro respetaba escrupulosamente, el joven espécimen de otros días me tomó a su sabia manera.

Seguramente alguien le fue con la noticia y, más despierto que nunca y armado con un cuchillo enorme, el cojo se abalanzó contra el joven que yacía conmigo. El “Pitufo” evadió la arremetida con un salto felino y volador. Desnudo, con la verga colgante, corrió al salón donde se hizo de un taburete para defenderse. La gresca fue memorable, así lo comentaron todos los vecinos, los clientes de otros barrios y hasta los policías vestidos de civil. Qué fintas las del cojo, qué manera de saltar y resorteear el Pitufo. Era una danza de habilidades, ágil y frenética, bajo un espacio cuajado de planetas rojos, verdes y amarillos que rebrillaban en los cristales, en los espejos, en el sudor de los rivales, y que abrigaban la mística unión de los presentes.

Finalmente el agotamiento venció al hombre cojo. El hombre se paró en medio de la sala con el cuchillo apuntando hacia la noche, jadeando, con toda su furia inútil al descubierto. La gente declaró que, en vista de que el Pitufo resistió el ataque sin ofender a su agresor, pero que dicho ataque era justificado, el Pitufo debía disculparse con el cojo y el cojo disculparlo. Este, como respuesta, escupió al piso. Pero entonces Ponce, que desde aquella vez nunca había persistido en tomarme, intervino delante de todos:

—¡Pero, qué mierda es lo que te pasa cachudo hijoeputa! ¿Te cuesta aprender a ser chulo? Si no sabes cómo hacerlo cierra, entonces, esta huevada que si la gente viene no es para pelear contigo, viene por ella, ¿entiendes?, y tú lo que tienes que hacer es cobrar. ¡Cobrar!

Aquella noche, después de destrozar el mobiliario y de gritar por qué, por qué hija de la gran puta, el cojo trajo una hembra al cuarto y me obligó a presenciar el acto sexual con aquella mujer.

—¿Te gusta? ¿Te gusta? —repetía una y otra vez. Naturalmente yo me acerqué e hice una prospección aromática bastante detallada y novedosa ya que, hasta entonces, todas las cópulas registradas habían sido conmigo.

Inmediatamente después nos mudamos. Consiguió una casa más amplia en el mismo vecindario, trajo más mujeres para que atendieran y copularan con los hombres que se imaginaban que lo hacían conmigo (él mismo las escogía: porte, corte y color de pelo, vestuario, etc.), vendió más cerveza que nunca, pero jamás repetimos la escena del baile por la siguiente razón: la nueva casa era muy amplia y solariega, un “dije”, según el decir del Cojo. Pues bien, aquel día estaba nítido y afeitado, lucía más joven con sus prendas de domingo, y en un arranque de alegría y espontaneidad, me invitó a ensayar lo del baile. Fue un esmerado ritual: él se acercó circunspecto, me pidió que le aceptara una pieza, yo accedí, pero entonces le fue difícil sostenerme y me dejó caer. Aquello fue fatal para su estima, se reprochó lastimera-mente, se dijo viejo, se dijo débil, sin darse cuenta que lo que pasaba era que mi cuerpo había subido de peso.

En todo caso fue para bien pues mis archivos se repletaron de experiencia olfativas indescriptibles. Él, en cambio, se volvió taciturno, agresivo, y nunca más volvió a tomarme ni a oler como la primera vez. Tiempo después, tuvo ocasión de ceder y mostrarme algo de ese cariño, que poseía agazapado detrás de su actitud y de su negocio, cuando tuve el primer infarto y rodé por los pisos delante del can que, disciplinadamente, me olisqueó el culo. Era muy de mañana y el escándalo como que estaba fuera de horario. Lloró, gritó y corrió como un poseído pidiendo ayuda al vecindario que, a esa hora, ocupado sólo por las hembras que hacían sus quehaceres, le dio gozosamente la espalda. “Gorda mía, no te me vayas”, lloró con desconsuelo.

Y por entonces no me fui. Pero la misión estaba, virtualmente, concluida, así que opté por retrasar el metabolismo del cuerpo, extirpé el funcionamiento de su tiroides, le incrementé el colesterol, peso y presión arterial, lo volví adiposo, casi obeso, a tal punto que lo tengo a un pelo de un paro fulminante, gracias al cual me iré de ese mundo sin tanto barullo, tal como llegué.



Fernando Naranjo Espinosa (Guayaquil, 1954). Es narrador, arquitecto e ilustrador. Publicó **La era del asombro** (Quito, 1994), **Cuídate de las Coriolis de Agosto** (2005) y la novela policial **Guasmo Sur** (2013). Sus trabajos aparecen en antologías y publicaciones ecuatorianas y de otros países. En 1979 obtuvo una Mención en el concurso José de la Cuadra. En 1991, una Mención en el concurso de El Universo y en 2011, el tercer premio de relato en el concurso internacional LAIA, NY. Con **Guasmo Sur** obtuvo el Segundo Premio en el XII concurso Ángel Felisísimo Rojas en el género Novela. Este es el primer cuento de Fernando que publicamos en Korad

PROFUNDO EN LA GALAXIA

Santiago Páez



Los páramos de Kerth eran fríos, desolados y extensos pajonales barridos por un viento hiriente. Los cubrían mantos de lluvia que, más que caer, parecían apoderarse, pastosos e ingrátidos, de la atmósfera.

La caravana se había detenido horas atrás. Los viajeros, al acampar, habían observado el horizonte plano, deshabitado, agreste. Nadie, a más de ellos, se arrastraba por ese desierto en varios kilómetros a la redonda. Nadie que quisiera dejarse ver, al menos; era bien sabido que grupos de asaltantes se camuflaban con la paja y las dunas, para caer como otra niebla, inesperada y mortal, sobre las caravanas.

Xemayetl, apoyado contra uno de los fardos de su carga, miró a las mulas que descansaban agrupadas al extremo norte del campamento. En el centro del refugio, una fogata iluminaba los rostros de los otros tres comerciantes que, junto a él, se aventuraban por los páramos. Los cuatro iban en dirección a la ciudad de Moowbir La Esplendorosa, ciudad Imperial y frontera de Kerth a la que la riqueza llegaba a través de selvas, desiertos y mares.

Los cuatro comerciantes se hacían acompañar por una docena de guardias armados con rayos térmicos. Ninguna precaución era exagerada; desconfiaban hasta de su escolta. Por eso permanecían juntos, Yoxnan, Pinox y el delgado y nervioso Antra, todos con las manos cerca de sus propias armas, se cuidaban mutuamente las espaldas. El oro y el miedo siempre viajan juntos.

La noche larga del planeta Kouriön transcurría lenta, fría y sin estrellas. Los viajeros dormitaban cuando, como un jirón de niebla, se presentó el peregrino. Gris, enjuto y cubierto por el raído hábito de los suplicantes, se irguió ante ellos, encarándolos con una extraña mirada de tormento y fiebre.

—Comerciantes —saludó—, ¿tienen un plato caliente y albergue para un romeriante? Utilizaba las antiguas palabras que le daban derecho a recibir protección y alimento en los desiertos de ese mundo.

Todos allí respetaban a los peregrinos, hombres y mujeres que recorrían los descampados y las populosas calles, las playas o los riscos, arrastrados por un gris e intemperante viento que solo soplaba dentro de sus mentes: LA FE.

—Acércate, peregrino. Te serviremos —le respondió Yoxnan, el más viejo de los comerciantes, conocedor de la respuesta ritual—. Acércate y dinos a qué santuario te diriges.

El viejo se acurrucó frente al fuego. Iluminado por las llamas se veía más anciano y más torturado.

—Vengo del santuario Kiché, voy donde La FE me lleve.

Todas las palabras del recién llegado parecían o eran fórmulas sagradas. Xemayetl no lo sabía, eran pocos los meses que había permanecido en ese mundo. En su planeta no había peregrinos, ni bandoleros, ni desiertos. Era un mundo de cristales, metal y exactitud, situado en la sección interior de la galaxia.

El peregrino aceptó un plato de sopa caliente de uno de los guardias. Todos lo miraban con respeto y con miedo. Comió despacio. Cuando hubo terminado, mirando al fuego, empezó a hablar en una lengua desconocida, de una manera muy extraña, en un ritmo y con un volumen que Xemayetl nunca había escuchado.

—¿Qué hace? —preguntó a Pinox, el comerciante gordo y serio sentado a su izquierda.

—Canta —le respondió.

—¡Silencio! —exigió en un susurro Antra mientras se acercaba más al fuego.

Armoniosa, bella, la voz del peregrino se levantó sobre el fuego.

*Grato es llorar,
Cuando afligida el alma,
No encuentra alivio
A su dolor profundo;
Son las lágrimas
Jugo misterioso
Para calmar
Las penas de este mundo.*

Un galopar de sombras conmovió el alma, hasta ese momento asombrada, de Xemayetl. Presentía el ritmo, el tono, las pausas y los cambios de volumen del Peregrino. Era como si ese canto volviera a ocupar una antigua madriguera entre sus costillas, como si siempre hubiera conocido ese extraño hablar que escuchaba del viejo caminante.

*Con el profuso
Aceite de mis lágrimas,
Yo ablandaré
El rigor del cruel destino;*

La canción siguió y, entre las armonías presentidas, Xemayetl encontró tejidos sus recuerdos.

En Sac-745, su mundo de origen, la vida era exacta y cómoda; había venido a conocer el dolor, el frío y el hambre en Kourión, ese olvidado planeta en los límites de la galaxia.

Allí gobernaba un autócrata milenario que se mantenía vivo gracias a los poderes mágicos de sus hechiceros, y que prohibía el ingreso de tecnología a su planeta. Comerciaaba, aceptaba cuando mucho rifles térmicos y otras armas poco desarrolladas y vendía los productos de su tierra, nada más. Un edicto de muerte se encargaba de los transgresores. Por lo demás, la situación de Kourión era similar a la de otros miles de mundos bárbaros de la frontera galáctica.

*Lamparilla
Ardiente de mis ojos,*

En Sac-745, como en toda la sección civilizada de la galaxia, una Gran Computadora Central (GCC) pautaba vida humana. Dotaba a los habitantes del planeta de alimento y abrigo. Seleccionaba las parejas, por afinidades, para garantizar matrimonios estables y descendencias sanas. Educaba a los niños con precisión axiomática. Todo estaba a cargo de la Gran Computadora: la gran madre en la que todos se perdían, morían, se enajenaban.

no desmayes

jamás en mi camino.

El dolor se empozó en el pecho de Xemayetl y una llama le afiebró los ojos cuando recordó que era un exiliado.

Se había ido.

La GCC no era un tirano, era una madre. Cuando uno de sus hijos era demasiado violento, demasiado inquisitivo, demasiado nostálgico, lo desterraba. Expulsaba al individuo como escupiendo una piedrecita que no se puede masticar. Le cerraba todas las posibilidades de estudio, de trabajo, de relación.

Pocos valientes se quedaban a luchar; los demás se iban a un mundo afín con su desviación: los violentos a planetas en continua guerra, los aventureros a satélites de inmensa y peligrosa selva... Xemayetl, el solitario, a ese planeta de páramos y mares, con menos densidad poblacional que una subsección de su planeta metálico.

no desmayes

jamás en mi camino.

El peregrino terminó su canción. Se levantó, apoyándose en su cayado, sin mirar a ninguno de los hombres reunidos alrededor de la fogata. Rengueando, se escurrió entre los bultos de mercadería; allí buscó acomodo para dormir.

Xemayetl jamás había sentido tan dolorosos sus recuerdos, tan vívidos, tan absolutos. ¿Qué le había afectado tanto? ¿Esas palabras entrecortadas y melodiosas del peregrino? ¿Qué era ese hablar que nunca antes había escuchado?

El más viejo de los comerciantes lo miraba comprensivo. A él se dirigió Xemayetl.

—¿Qué es esto, Yoxnan, de dónde viene?

Yoxnan, encorvado hacia el fuego, con sus anchos hombros iluminados por las llamas y el rostro casi oculto por la capucha de su abrigo, empezó a hablar:

—Cuentan que existió o existe un planeta terrible; profundo, muy profundo en la galaxia. Nadie lo ha visitado, nadie sabe donde está. Es un mundo que tal vez se perdió hace siglos, antes de que pudiéramos viajar por las estrellas.

Hace años, un profesor que acompañé en una expedición, creo que venía de un mundo como el tuyo Xemayetl, me dijo que esta leyenda la había oído en varios planetas muy lejanos de aquí. No sé, tal vez me mintió.

En todo caso, dicen que en ese planeta, como en cualquiera, creo, hubo guerras y masacres y también alegría y paz, todo lo que tenemos todos. Pero eran muy extraños los humanos que lo habitaban; una raza maldita que, tal vez por eso, se extinguió.

Ellos podían sentir más que cualquiera de nosotros. Tal vez era una enfermedad, el viejo doctor me dijo que era algo en sus cerebros, una deformación que heredaban, algo así. Nosotros, todos nosotros en la galaxia, sufrimos y reímos y nos enfurecemos, pero podemos medir nuestras emociones, impedir que nos aplasten, que nos enloquezcan.

Los habitantes de ese planeta no podían, sus sufrimientos o alegrías los controlaban por completo, los dominaban; eran esclavos locos que mataban y morían de odio o de amor, que podían morir de alegría.

Yo no entiendo como pudo vivir una raza así, creo que es una leyenda. Ningún mundo puede existir tan enloquecido. Imagínate si a la muerte de tu hijo tú también pudieras morir de dolor...absurdo. Sufres lo debido y luego sigues viviendo.

Parece que en ese mundo los dolores eran como fieras descontroladas que te atacaban el resto de la vida. Una leyenda. Pero a lo que te interesa. Tal vez por esa incapacidad para vivir sanamente, tal vez porque sus cerebros eran anormales, como decía el viejo profesor, tenían un don especial, maravilloso: cantaban, es decir, hablaban como el peregrino hace un momento; y sus canciones, de alguna manera, se han conservado y extendido por la galaxia. No las entendemos, están en un idioma desconocido, que debe ser muy viejo y está olvidado. Solo sabemos que suenan de una manera mágica y agradable. Por eso las escuchamos.

Xemayetl, que había escuchado atento y fascinado, preguntó:

—En mi mundo jamás escuché ninguna canción. ¿Tú sabes cantar?

—No. Solo se saben las canciones en los mundos de la frontera de la galaxia. Solo las saben cantar los peregrinos.

—¿Solo ellos?

—Sí, por eso son peregrinos. De vez en cuando, en nuestras aldeas o ciudades, nace un niño especial. Tal vez enfermo del mismo mal que tuvo esa raza maldita y triste de la leyenda. Al crecer, una fuerza incontrolable le lleva a apartarse de los suyos, le llamamos La FE.

Viajará de Santuario en Santuario, recorriendo esas ruinas de antiguas religiones. En ellos se encontrará con otros peregrinos más viejos que le enseñarán más y más canciones. Viajará toda su vida y será un Hombre Santo.

—Pero ¿Para qué sirven? —preguntó Xemayetl.

—No te importa —intervino Antra que se había acercado a ellos mientras Yoxnan hablaba—. Eres un extranjero y no te importa.

—Tranquilo, viejo agrio —susurró Pincox, casi oculto por la sombra de un fardo—. El muchacho solo quiere saber, no lo molestes.

Antra se calló disgustado; envolviéndose en su abrigo paramero, se dispuso a dormir.

—Creemos que todo nuestro mundo moriría sin los peregrinos, muchacho —la voz grave de Pincox llegaba desde lo oscuro—. De alguna manera que no comprendemos, la vida en nuestro mundo depende de que los romeriantes sigan caminando, sufriendo y cantando.

Xemayetl interrogó con la mirada al viejo y endurecido Yoxnan quien, afirmando con la cabeza, dio la razón al comerciante gordo.

—Por eso son sagrados —dijo.

La conversación parecía haber terminado. El fuego consumía la paja y, lentamente, el campamento se sumió en el sueño.

Cayeron inesperados y violentos, como un latigazo que golpea desde la obscuridad. Venían del oriente, donde se estaba levantando el sol.

“Vieja táctica de bandoleros” pensó Xemayetl mientras desenfundaba su pistola térmica.

Viniendo con el sol a sus espaldas, no podían ser vistos en ese páramo desolado. Los comerciantes y su escolta disparaban contra sombras intuidas y destellos mortales.

El sisear de las armas pronto se mezcló con los gritos de los heridos y el horroroso olor de la carne quemada. Yoxnan rodaba a la derecha de Xemayetl tratando de alcanzar una posición que le permitiera cruzar su fuego con el de sus compañeros y defender uno de los flancos. Los miembros de la escolta intentaban desplegarse para no quedar encerrados por un posible movimiento envolvente de los bandoleros. Junto a Xemayetl, que disparaba sin exactitud alguna, Pincox empezó a reír.

—Quieto —gritó—. Vas a matar a uno de los nuestros. La escolta hará lo suyo, nosotros debemos quedarnos juntos y defendernos solo si llegan hasta aquí.

—Pero Yoxnan está luchando —contestó el joven.

Efectivamente, el jefe de los comerciantes se escurría entre las dunas disparando, siempre en busca de una mejor posición para defenderse.

—Yoxnan fue militar, sabe lo que hace, nosotros no. Quieto —insistió el gordo. Fue lo último que dijo, un destello térmico le convirtió el rostro en una chamuscada masa roja.

Girando sobre su costado, Xemayetl evitó que el cadáver le cayera encima; luego rodó, buscando un sitio seguro, hasta quedar semioculto entre dos grandes rocas. Desde allí pudo observar a la escolta desplegándose con seguridad, a Antra escondido entre fardos de mercancías, a las mulas temblorosas y muy juntas. El brillo de las armas térmicas coloreaba de rojo las sombras del amanecer.

De pronto se escuchó un grito; uno particular, desgarrado, armónico, similar al sonido que hace un ánfora de cristal al romperse. Xemayetl, buscando el origen del alarido, miró hacia atrás.

Sobre una duna más alta que las demás, iluminada entera por la luz del sol, se quebraba el cuerpo flaco y gris del peregrino. El viejo, apoyado en su bordón, trataba de conservar el equilibrio. Una negra mancha marcaba el lugar de su espalda en el que un arma térmica había hecho blanco.

Un atónito silencio se apoderó del campamento. Atacantes y defensores, inmóviles, aterrorizados, miraban como, lentamente, una rama reseca se desgajaba muerta. El peregrino cayó sobre la arena.

Por un larguísimo segundo los hombres permanecieron inmóviles. Luego, con los brazos yertos y los rostros demudados, empezaron a regresar hacia el centro del campamento.

Xemayetl, asombrado, miró como sus compañeros se sentaban sin preocuparse ya de los bandoleros. Estos, por lo demás, habían desaparecido.

Se acercó también a la fogata mientras el sol, cada vez más alto, iluminaba por completo el campamento y los rostros embrutecidos de guardias y comerciantes.

—¿Qué pasa? —Xemayetl no entendía nada—. Los bandoleros volverán, que...

—No volverán —Yoxnan, como de costumbre, era el único que conservaba la calma, aunque se veía igual de desolado que sus compañeros—. No importa —explicó— ahora ellos también van a morir.

—¿Por qué? Para Xenayetl todo se movía con inmensa lentitud. Las palabras demoraban siglos en atravesar el aire. Los gestos de sus compañeros se congelaban en sus rostros; sus manos, que aún empuñaban las armas, parecían de piedra.

Yoxnan se volvió hacia la duna coronada tristemente por el bulto gris.

—Hemos matado al Hombre Santo, muchacho. Moriremos.

—Fueron los bandidos, estaba en nuestra retaguardia, ninguno de los nuestros pudo dispararle.

—Ellos también morirán.

Xemayetl, reponiéndose por momentos, pensó en lo conveniente de la superstición que les había salvado. Casi se puso alegre hasta que, mirando las espaldas encorvadas de sus compañeros, comprendió.

Lo que en Sac-745 era una superstición, en Kouriön era real. De alguna manera todos morirían.

X

Xemayetl sintió su muerte y la de sus compañeros. Era una pastosa y helada evidencia en sus intestinos. Fue demasiado, las piernas le empezaron a temblar como si sus nervios, en un frío cortocircuito, se negaran a dirigir sus movimientos. Tuvo que sentarse. Buscó sitio entre sus compañeros que, ya serenos, se acomodaban para esperar la muerte.

“¿Por qué tengo que morir?” se preguntaba Xemayetl, furioso y frustrado. “En un planeta lejano, entre salvajes ignorantes. ¿Por qué no pude quedarme en mi mundo, por qué...?”

Era tal la frustración, el dolor, la ira, que empezó a cantar:

*Con el profuso
aceite de mis lágrimas,*

No entendía las palabras, no sabía por qué le era tan fácil recordar el ritmo de esa extraña habla que salía de su boca.

*yo ablandaré
el rigor del cruel destino;*

Con los ojos desorbitados, Antra y los guardias lo miraban, sin entender nada.

*lamparilla
ardiente de mis ojos,*

Se callaron hasta las mulas que, desde la muerte del peregrino, no habían dejado de bramar.

*No desmayes
jamás en mi camino.*

Yoxnan lo miraba con los ojos entrecerrados. Comprendía todo.

Yoxnan y Xemayetl, de pie sobre una duna algo alejada del campamento, miraban cómo los demás miembros de la caravana se preparaban para la marcha. Era medio día.

—Sigue hacia el norte —recomendó Yoxnan—, llegarás al santuario Kiché. Allí otros peregrinos te enseñarán más canciones y te dirán a dónde ir.

Xemayetl se apoyaba en el cayado del viejo peregrino; iba envuelto en su abrigo paramero y cargado con una cantimplora y un morral.

—Eso haré, gracias.

—Gracias a ti. Le robamos un peregrino al mundo y le damos otro; todo queda igual y nos salvamos.

—¿Por qué lo hice, Yoxnan?

—Es tu destino.

Y Xemayetl se alejó, alto, enjuto y gris.



Santiago Páez (Quito, 1958) Licenciado en Derecho; Doctorado en Literatura; antropólogo, escritor, ensayista, guionista, catedrático, crítico, etc. Entre sus obras destacan: **Profundo en la galaxia**, (1ª ed. 1994 - 2ª ed. 2003, Cuentos), **La reina mora** (1997, 2ª. Ed. 1998), **Los archivos de Hilarión** (1998), **Shamanes y Reyes** (1999) y **Condena Madre** (2000). Su novela **Pirata Viejo** quedó finalista en el concurso Aurelio Espinosa Pólit y ha sido publicada por Ed. Norma en 2007. En este mismo año, Ed. Alfaguara ha publicó su novelita infantil, **El Complot de las Mamás**. Este es el primer cuento suyo que publicamos en Korad

Los poetas

Jorge Valentín Miño



«Si solo pudiera bajar la ventanilla para refrescarme», pensé, como respuesta al intenso calor; pero mi deseo era imposible de concretar porque del otro lado estaba el vacío del universo.

La fogosa masa de Aldebarán, ubicada en los suburbios de la constelación del Toro—, bañó de resplandor el lateral del transbordador.

«Tienen razón los libros de poesía al referirse a esta estrella», recordé el pasaje de un breve texto atribuido al poeta Lu Zoho, dedicado a Aldebarán:

*... en su vientre arden brujas de toga oscura
mientras la corola extiende sus cintas de fuego.*

*Corsés negros golpean la noche
entre besos de cribado hierro.*

*Las batas chinas
de las brujas japonesas,
reclinan su tailandesa tintura
sobre la leonada cabellera*

*de este coreano sol vietnamita
noventa veces superior a la del Sol...*

Activé el alimentador de neutrinos y la inyección de energía puso la nave en caída parabólica, tiré del freno sónico y el resplandor de la estrella ahora bañaba las espaldas de la nave.

Ya frente a la canica azul de Toppisto, intenté componerle un poema, pero de inmediato fruncí el ceño, contrariado por la impotencia —es porque mis genes fueron manipulados para concretarse sobre tareas diferentes—. Abandoné mis intentos poéticos y volví sobre los controles para empujar el cabrestante electrónico y enfilar hacia el planeta que iba creciendo delante, ahora ya al tamaño de una calabaza. Mis cavilaciones poéticas se alejaron con el cascabeleo de los

citrones. Accedí a la voz de la guía que se dirigía a los pasajeros: «...señores científicos, maquinaria intelectual y personal de a bordo, nuestro destino ahora es certero; nos aproximamos al planeta experimental Z-2, conocido extra científicamente como Toppisto. Pueden apreciarlo por los ventanales de su izquierda, —los científicos sentados a la derecha se cruzaron hacia los ocupados asientos de la izquierda—. Favor prepararse, soltaremos la misión de búsqueda en quince minutos terrestres, previa mi siguiente notificación. Gracias».

Pronto, bramaron los motores con sus toberas de aire en descenso y abrieron una huella oval sobre el humus fresco del planeta visitado. El colchex de las patas delanteras presionó tierra firme, con la suavidad que el polen de la anaxábila cae, sobre la lechosa boca de la pentasidra, en los boreales días de Corindón; haciendo un ¡puf...! etéreo.

La misión era descomplicadamente simple: rastrear a una colonia abandonada hace mucho tiempo sobre este planeta; no intervenir, elevar un informe al Comando Sur, esperar instrucciones y retirarnos.

Por motivos de seguridad descendí a una prudente distancia de la base. Resaltaba sobre los árboles un villorrio de cúpulas y obeliscos naranjas, erguidas construcciones como cuellos de animales esforzándose por alcanzar frutos altos. Según lo acordado en los códigos del experimento, soltarían allí a la colonia, les dejarían a sus anchas para que fructifiquen sobre ese planeta más hermoso que la misma Tierra y esperarían quinientos años para que se comuniquen; nunca lo hicieron.

La belleza de ese planeta era conmovedora, la atmósfera delicadamente azul, fina como la película turquesa del tegumento de los huevos del aoas siberiano.

Abrí la ventolera y un soplo a hojas de menta y geranios entró con la brisa. Decenas de pajarillos, atraídos por el policromado de la nave, revoloteaban excitados y gorjeantes, mientras los árboles, en su siseo parecían conversar con sus lenguas, todo aquello me animó a recitar neohaikus de un joven bardo de Nueva Algeciras:

*«...caballos de agujas los pinos
hienden su aguijón sobre el aire tibio.
Nueva Algeciras tiene las minas rebosantes
de iridio, pero los atardeceres en Celérates
guardan el color de todos los vinos posibles
bebidos en los cálices Trôn.
Tengo salud, dinero; me amas, soy feliz...».*

Con pereza atendí una urgencia del tablero que correspondía a la solicitud para registrar la bitácora; parcamente hice la anotación verbal: "08 año sideral setecientos, correspondiente al otoño en el asteroide Dárak. Estamos en Toppisto; 87 grados con el austral magnético. Libero vehículos de tracción, los científicos salen al valle; se ven a la distancia las construcciones. Uniforme sugerido sobre el grupo expedicionario: paño azul, bufandas amarillas, zapatos plex y gafas térmicas".

Lo último que hice antes de caer en una profunda siesta fue oprimir los seguros de las puertas. Cuando volvieron, todos tenían caras largas y estaban cansados, traían repletas las cajas de recolección holográfica, ya había anochecido y cenaron frugalmente antes de acostarse a dormir. Yo en cambio pasé en vela hasta el amanecer, imaginando las razones del fracasado experimento. ¿Guerra entre los machos para hacerse de las mejores hembras? ¿Algún virus desconocido? ¡Acaso todos resultaron estériles! ¡Un ataque!, pero solo estaban ellos y los pájaros con esas plantas olorosas y los rebosantes peces inofensivos. Tenían el ambiente ideal para germinar.

A la mañana siguiente desintegraron las moléculas de las muestras y las enviaron por hondas épsilon hacia el laboratorio más cercano, allí atisbarían razones de los decesos. En tanto teníamos noticias del envío, yo tuve que soportar las lamentaciones que los científicos se hacían de todo el tiempo perdido. Seres humanos tratados genéticamente para mejorar su predisposición poética, dotados de magistrales capacidades neuronales para percibir la belleza y fijarla en poesía. Seres capaces de escuchar el silencio cuando llega a su calidad azul y con la sensibilidad precisa para traducirlo en palabras. ¡Quinientos años en que hubiesen podido escribir magistrales obras poéticas y colonizado los últimos rincones! Un pancreático desastre, sin duda.

El informe llegó en la tarde, todos nos sorprendimos del fatal desenlace. Habían muerto de pura belleza. Sus organismos no resistieron la hermosura de un planeta mil veces más dotado que la misma Tierra, sus sistemas se saturaron de estímulos, las sinestesias terminaron por debilitar sus fibras neurales. Cayeron en un profundo sueño para huir de esa realidad, aunque preciosa también macabra. Murieron de tanta belleza.

Se me ordenó elevarme a una órbita geoestacionaria y rodear con veinticuatro faros de advertencia a Toppisto para que los colonizadores no lo aborden.

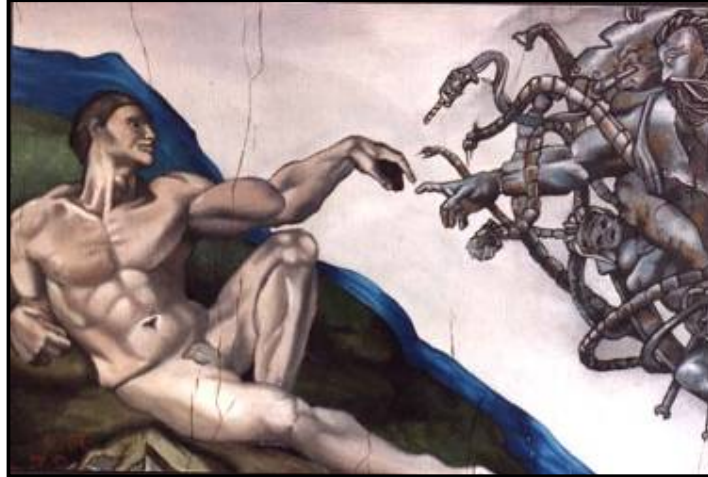
Toppisto quedó marcado con el signo admonitivo, registrado como planeta no habitable, al menos por la especie humana. Abrí mi breviario náutico de bolsillo para observar. Solo otro planeta poseía esos signos de advertencia; es el sexto planeta de la estrella Denébola; afirman que allá comienza el infierno.



Jorge Valentín Miño (Quito, 1966) Publicista. Docente universitario en Expresión Gráfica y Apreciación del Arte. Sus cuentos han sido publicados en El Festival Cryptshow de Barcelona, la antología **Tiempo Cero** de la Revista Juventud Técnica (Cuba) y en **Qubit, antología de ciencia ficción latinoamericana** de la Editorial Casa de las Américas (Cuba). Es amigo de las piscinas públicas, el jazz y las humitas. Este es el primer cuento que publica en Korad

ORDEN

Denise Nader



Un hombre se sienta frente a su computadora, la enciende. Abre un juego.

En el juego, el hombre tiene que lograr que un muñeco mueva distintos obstáculos en el campo de acción, que es como un laberinto sin entrada y sin salida, a menos que la salida sea el paso al siguiente nivel.

Es decir, más que una salida física, es una salida conceptual.

El muñeco en cuestión tiene unos ojos enormes, luce como una hormiga obesa y viste una capa roja sobre su traje, como Superman. Pero se llama Pocoman.

Se transporta de dos maneras: caminando o volando. Pero cuando vuela no puede empujar objetos.

Y esa es toda la finalidad del juego: empujar objetos. Los objetos deben ser movilizados por el muñeco desde donde están hasta donde deben estar, sin que los objetos le bloqueen el paso a los otros objetos o al muñeco mismo.

Ya.

El lugar designado para los objetos en el campo de juego es un pequeño patio con cruces marcadas en el suelo.

Los obstáculos no son los mismos siempre; por ejemplo, en el nivel uno, Pocoman empuja unos diamantes que son casi de su mismo tamaño, pero al llegar al lugar designado se transforman en esmeraldas.

Nivel dos.

En el nivel dos, el muñeco empuja las esmeraldas, que se transforman en cisnes al llegar a su destino. Eventualmente, los objetos se transforman en un Pocoman dormido, que a su vez, evolucionará a Pocoman despierto y luego, esos Pocoman serán sapos, mariposas, hongos, y así.

OK.

La mutación final da como resultado un corazón rojo, simétrico. En el último nivel del juego, cuando empujas el corazón sobre la última cruz, una fanfarria estalla poco antes de la explosión de fuegos doblemente artificiales. No hay humo ni olor a pólvora que atraviesen la pantalla que contiene el calor del espectáculo pirotécnico.

¿Y?

Un mensaje de felicitación cruza la pantalla.

El hombre sigue frente a su computadora.

Escucha el ruido de un avión. El miedo del pasajero se hace visible a través de la ventana en la que se refleja un disco blanco en el plástico convexo; huellas dactilares opacan la vista del lado de la cabina; huellas de botas de todos los astronautas de todas las misiones que alunizaron permanecen inalteradas sobre el suelo frío del satélite. La atmósfera es mínima.

La capa de Pocoman ondea. No hay viento.

Pocoman espera instrucciones.



Denise Nader (Guayaquil, 1971). Escritora, empresaria culinaria y guionista; fue editora, profesora universitaria y publicista. Ha publicado cuentos en dos antologías en Ecuador y artículos, relatos y ensayos en varias revistas y medios nacionales y extranjeros. Imparte talleres de escritura en Estación LibroAbierto; es fundadora y dramaturga en Daemon: una productora de teatro/guarida nuclear que ha llevado a escena sus adaptaciones de **La gata sobre el Tejado Caliente**, **Alguien Voló Sobre el Nido del Cucú**, **Reservoir Dogs**, **El Montaplatos** y **Frankenstein**. Coordina mensualmente las Tertulias

Guayaquileñas de Ciencia Ficción que fundó en diciembre de 2011 junto a Fernando Naranjo. En 2012, moderó el panel del III Encuentro Internacional de Ciencia Ficción en la FIL de Guayaquil. Mantiene un blog sobre arte, política y comunicación (efectodroste.wordpress.com), y otro sobre las Tertulias de Ciencia Ficción (tertuliascf.wordpress.com). Tiene un libro de relatos aún inédito, **Loop**.

DESPUÉS

Renata Duque



Son amigos, pero de vez en cuando sus lenguas se tocan y la amistad se vuelve un poco más difusa.

Ella tiene momentos de claridad absoluta, de esos que dan ataques de ansiedad.

—¿Qué sentido tiene construir casas, puentes, ciudades, si a la final todo se va a caer en pedazos? —pregunta, después de otro documental post-apocalíptico.

Él se encoge de hombros y cambia de canal, porque hace tiempo aprendió a no contestar ese tipo de preguntas.

Ella tiene momentos de claridad absoluta, y le jode que él no tenga ni uno.

Ella hace las compras como quien tiene una pesadilla. Va sin lista, y la lógica del supermercado se le escurre entre los dedos. La carne aplasta los tomates que botan jugo sobre el rollo de papel higiénico, el champú hace espuma sobre la funda de pan.

La cajera la mira con desdén y en su mente ella salta sobre la banda deslizante de la caja, baila el *moonwalk* antes de patearle la cara a la cajera.

En su defecto, le pasa los tomates aplastados y confirma que no, no tiene tarjeta de descuento, y sí, por favor, el pago es en efectivo.

Y piensa inocentemente en que, cuando llegue el fin de los tiempos, la cajera será de las primeras en marchar.

Cuando de hecho llega el final, no es como en los documentales. No hay un cartel que dice **DOS MIL AÑOS DESPUÉS**, así, en negritas, letras blancas sobre fondo negro.

Ella puede ver la matanza desde su ventana, el horror de uñas largas que escarban entre los cuerpos.

No le sorprende en lo más mínimo ser inmune. Ya lo intuía. *Antigua maldición china: ojalá te toque vivir en tiempos interesantes.*

Cuando las aguas comienzan a subir, él agarra su auto viejo y la obliga a dejar la casa, dejar a sus muertos enterrados en el patio y a sus desaparecidos deambulando las calles.

Los científicos se equivocaron. Todo pasa mucho más rápido de lo que pensaban.

Él maneja hacia el interior, alejándose de la costa, que cada vez se les acerca más.

Los pueblos tienen los mismos nombres que siempre han tenido, pero vistos desde este aquí y ahora, suenan a razas de dinosaurio. Todo está en peligro de extinción.

Jujan. Yaguachi. Babahoyo.

Palabras que algún arqueólogo verá como símbolos. Aquí hubo gente. Y aquí.

Morazpungo, Quinzaloma, Corazón indican los carteles, con flechas y todo.

Desde los laterales de la carretera, aun hay gente que los mira pasar. Algunos apuntan sus escopetas viejas, de esas que hacen los armeros en Chimbo. O hacían, que ya es lo mismo.

—Chimbo —repite en voz alta.

Siente un poco de miedo al pensar que tal vez es la última persona que dirá ese nombre.

Cada vez que ella nombra un pueblo, él se sobresalta.

Se están acostumbrando al silencio.

Nadie les dispara, cosa que la sorprende.

—Nadie quiere gastar pólvora en gallinazos —él ofrece.

Mientras más se alejan de la costa, menos gente aparece en el camino. Ella se atreve a bajar el vidrio de su ventana un poquito, y ya siente el aire que comienza a refrescar. Es un viaje que debería tomar un día, pero ya van más de cuatro. Se desvían a cada rato, toman caminos vecinales, se meten a un par de haciendas vacías a buscar comida.

Al menos ya pasaron los arrozales.

Ya vio muchos cuerpos desaparecer hacia la maleza.

—Santo Domingo —dice, con convicción.

De aquí en adelante, todo es subir montaña.

En Tandapi encuentran los restos de una melcocha semi-congelada, colgando de un clavo en un portal.

Cien años después del apocalipsis, los pueblos serán fantasmas, decía el narrador del documental ese, hace solo unos meses. Pero era un documental gringo, pensando en tiempos gringos y tierras gringas.

Aquí la tierra es fértil, y siempre ha habido césped creciendo entre el pavimento. Han pasado solo un par de semanas desde que la gente se fue, y ya la maleza se toma el pueblo.

Las hormigas hacen fiesta con los restos de melcocha.

Los estómagos gruñen y en las casas solo quedan unos cuantos enlatados.

No lo dice, pero él también extraña los tomates aplastados.

Ya camino a la sierra, al menos la carretera no apesta. Los muertos en el frío se descomponen más lento.

Viajan con las ventanas cerradas, para no volver a pasar *el susto*.

Ella lleva un rasguño nuevo, pero da lo mismo. Ser inmune es ser inmune. Hace un mes, después del primero, ya se despidió y esperó a la muerte. Cuando no le llegó, pensó en invitarla, pero le dio miedo.

Ahora que hay más gente del otro lado que de éste, tal vez no sea tan mala idea.

Él tiene la piel intacta, todavía; un brazo más oscuro que el otro. Ella comienza a odiarlo un poco más.

Ya no se marean en la carretera.

Hay vacas cruzando por el asfalto sin guía, buscando en sus instintos lo que desaprendieron en las haciendas.

Ella siente una enorme simpatía por las vacas.

A la salida de otro pueblito, pasan al lado de una familia que camina despacio: madre con hijos a cuestas, y un padre guiando el camino. Sobrevivientes, tal vez. Futuras víctimas, probablemente. Los niños miran el auto con curiosidad, probablemente el primer auto en movimiento desde que comenzó la locura.

Más adelante, él detiene el carro cerca de una camioneta abandonada.

Los autos parados siempre tienen algo de gasolina aunque ya parezcan chatarra, y uno de los dos tuvo la buena idea de robar un pedazo de manguera a la salida de Jujan.

Ya no importa cuál de los dos.

En este Lada viejo, con olor a sudor y gotas de sangre, ya están comenzando a volverse uno. Si hablasen, podrían completarse las oraciones.

Ya están casi a la entrada de la capital, cuando lo ven.
Un gato, un niño. Uno muerto, uno vivo. Uno sobreviviente, uno comida.
Realmente da lo mismo cuál es cuál.
Él vomita hacia el despeñadero, agua y bilis.
A ella le sorprende un poco no sentir asco.
Sabe que tal vez nada la vuelva a sorprender.

En las calles empedradas de la parte más alta de la capital, encuentran una pistola cargada. Está atascada entre adoquín y adoquín. Ella jala hasta soltarla.
Han subido hasta esta parte de la ciudad con una costumbre más bien turística.
En la plaza de la catedral, los muertos están de rodillas.
El auto sufre cuando arranca, pero sigue andando.
Nunca pensaron poder llegar hasta aquí, y ahora no saben a donde más ir.

Él tenía parientes en la ciudad. Ahora tiene una casa vacía con tazas rotas y algo de comida en un refrigerador que ruge.
La electricidad, milagrosamente, funciona aun, pero no durará mucho.
En esta ciudad andina hace frío, falta el oxígeno y cada respiración quema.
Hay una pregunta que está suspendida en el aire, sobre sus cabezas. Es la pregunta que luego se posa entre los dos en una cama. Pero él, tarde o temprano, se duerme, siempre sin preguntar.
No importa. Ella responde igual.
—Todavía no —susurra.
La pistola cargada brilla en el velador.

En la mañana cogen el carro y van hacia el río. Ya la radio no transmite nada más que lluvia y música de los ochenta. Ella imagina un DJ muerto sobre un teclado, eternamente presionando *play*.
El silencio es más reconfortante.
Esperan caminantes, hombresmujeresniñossobrevivientes, todos enfilados buscando un mejor lugar. Esperan ver nómadas, otros, algunos, alguien. *La civilización siempre busca agua*, recuerda, de algún libro.
Hay un perro callejero que se tambalea, su estómago lleno. Lo que más hay es carne de carroña, y el perro ni se inmuta cuando los ve.
—¿Y si regresamos? —pregunta ella.
Pero si los documentales estaban de acuerdo en algo, era en lo siguiente: las costas se van primero, y para regresar tendría que aprender a nadar.

El susto llega una mañana, mientras ella se ducha con el agua helada. Como siempre, las cosas suceden cuando ya no se las espera.
Ella sale envuelta en una toalla y lo encuentra sentado sobre la cama. Su brazo gotea sangre con demasiada calma.
—Estaba afuera —dice él. Las gotas caen en el sobrecama; flores multicolores teñidas de rojo.
No ser inmune es no ser inmune. Ya siente que le ha cambiado el color de la piel y sabe que hay dos opciones. Ninguna es particularmente atractiva.
Y ella piensa: *No todavía*.

Llevan casi un mes tomando decisiones simples. Izquierda o derecha, matar un pollo o abrir una lata oxidada de menestra, dormir o desvelarse vigilando, carretera o camino vecinal.
Ella tiene momentos de claridad absoluta, de esos que le retuercen las entrañas y le dan arcadas. Le jode que, por primera vez, él también los tenga.
Su olor cambia y su piel se torna ceniza. Aún la mira con la certeza de que hay algo entre ellos que no se ha dicho, pero que ya ha olvidado y que, de todas formas, no importa.
Esta vez, cuando sus lenguas se tocan, hay un leve sabor metálico y la amistad se vuelve más tangible.
En la montaña, enmarcada por la ventana, un incendio se propaga de una casa a la siguiente.
—¿Ya? —pregunta él.

Ella asiente. Apunta.

Ella odiaba las clases de geografía del colegio, y siempre ha tenido una excelente retentiva para las cosas que odia. Los ríos nacen en las montañas y caen, caen, caen, arrastrados por la gravedad, hasta llegar a la costa.

Un perro la mira atentamente mientras ella entra al río, descalza. Sus manos empujan el agua helada y la corriente la empuja a ella. No es una pelea que alguien va a ganar.

Ella dice:

—Perro.

El perro ladra.

El documental hablaba también sobre los animales domésticos. Pronto (*trescientos años*, decía el documental; *un par de meses*, piensa ella) todos se convertirán en animales salvajes. Entonces le tocará decidir si ser elefante o domadora de elefantes.

Podría escribir, construir, buscar, hacer. Podría llevar a cuestras todas las vidas que quedaron al borde de la carretera, arrastrar consigo las certezas que tenía, crear de la nada un fragmento de civilización con bordes irregulares y cortopunzantes.

Se zambulle en el agua.

Tal vez hoy aprenda a nadar.

A veces piensa en él, con la misma convicción con la que recuerda los tostitos y los aires acondicionados.

—Hombre —dice, en voz alta.

Cree que alguna vez existió.



Renata Duque (Guayaquil, 1981) Trabaja como Asistente de Dirección en cine y publicidad. Productora y Coordinadora de Postproducción del Documental **Descartes**. Directora y guionista de **Siberia**, cortometraje realizado en la Escuela Internacional de Cine y Televisión de San Antonio de los Baños. Este es su primer cuento en Korad.

EDUARDO VILLACIS



Su obra y su pasión por la ilustración han inspirado a decenas de ilustradores ecuatorianos, por no decir a la mayoría de los contemporáneos. Es un ávido impulsor de este arte, y no teme “darse duro” en contra de la crítica, inclusive en planos relativos al arte contemporáneo. Incansable trabajador, es un excelente profesor y promotor de proyectos como **Pretéritos Futuros** y además es responsable por traer al país a maestros de la talla de Barron Storey y Greg Spalenka.

La actividad artística de Eduardo Villacís se encuentra en los campos de la animación, la ilustración, el arte secuencial y la pintura. Gracias a una beca Fulbright, obtuvo una maestría en artes visuales con énfasis en la pintura figurativa, ilustración y arte secuencial en la Universidad Estatal de California en Fullerton.

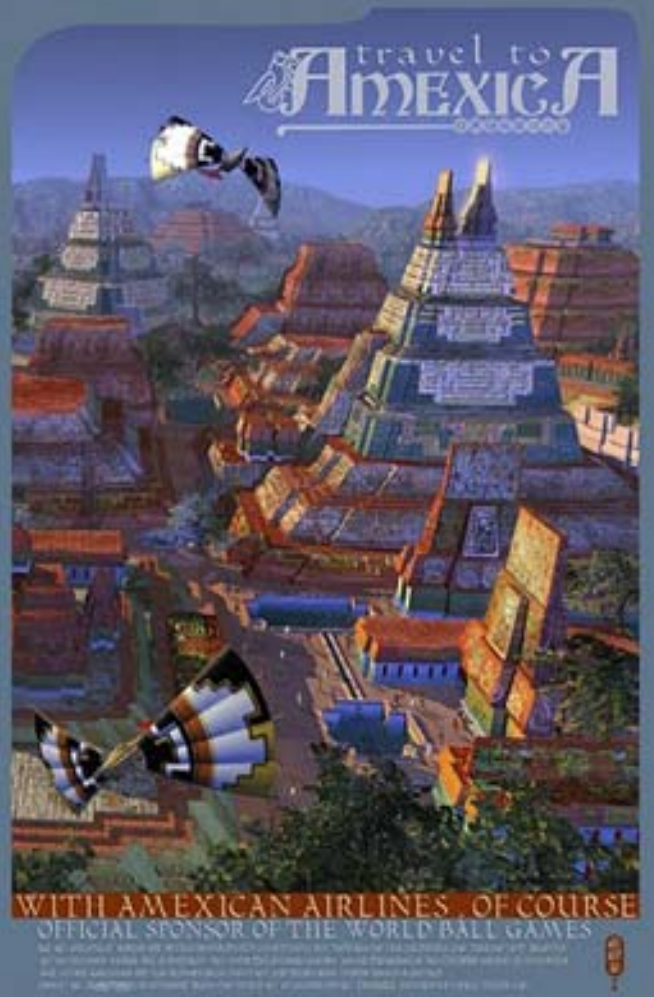
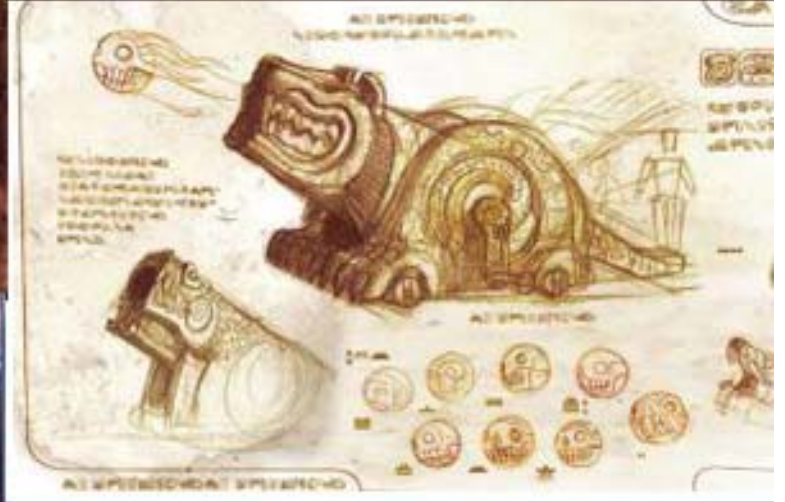
Sus trabajos incluyen cortos animados en 3D, shows multimedia, comics para revistas, caricaturas de sátira política y diseños para músicos y grupos de teatro.

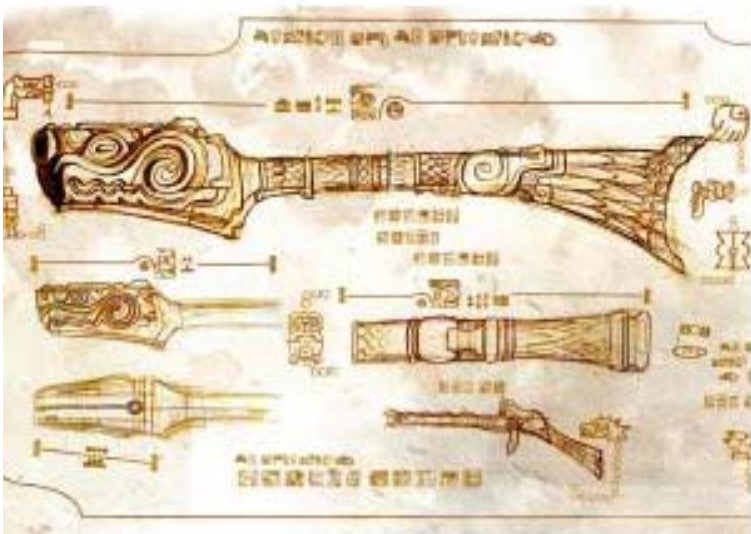
Ha sido profesor de la Universidad San Francisco de Quito desde

1994, fue coordinador del departamento de Artes Contemporáneas y de la Subespecialización en Ilustración y Arte Secuencial. Su obra artística y académica ha sido reconocida con importantes premios nacionales e internacionales, entre ellos el 1er. Premio del Festival de Animación Digital Imagina-México, finalista del concurso MTV **Abuso del Poder**, ganador al Mejor Guión en el Festival de Film y Video de Rosario, Premio Vanguardia del Festival de Animación Animec, Quito-Ecuador y Premio **Carlos Montufar** de Excelencia Académica. Fundó el Día de San Violentín, un día de reflexión crítica contra la violencia y que se celebra cada 13 de febrero. Dirige el Centro de Investigaciones Fantásticas de la Universidad San Francisco de Quito.

El montaje de **El espejo humeante** fue presentado por primera vez en California en el año 2003 y posteriormente en 2007. Es parte de una novela gráfica todavía en desarrollo, un proyecto en el cual Villacis juega con la idea de una historia inversa del mundo, donde fue la civilización azteca la que conquistó Europa.







Alberto Marrero Fernández

Pliegues



*Un hombre rara vez muere sin tener que deshacer un pliegue.
(Henri Michaux)*

Desde el amanecer voces y sonidos mecánicos
saltan y apenas queda tiempo para detenerse en
las eternas preguntas
o en la advertencia del mar rompiendo olas
contra los muros.

Deshacer pliegues parece una rutina,
un vicio tan equívoco como el poder o la
certidumbre.

El desahogo de nuestra egolatría ha provocado
temibles veranos.

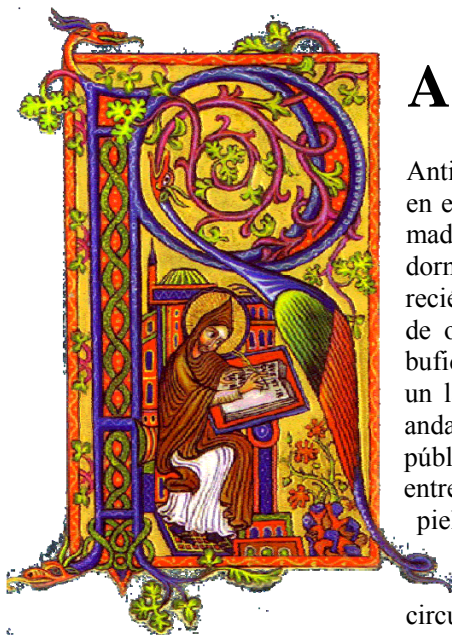
Avanzamos hacia el centro de un laberinto
perseguidos por el espíritu del toro asesinado.

Nos estremecen vientos cargados de ponzoña.

En tanto, cada cual espera coyuntura para
decir lo suyo,
aunque sean sandeces e irreverencias,
cualquier cosa que justifique su voz o su
miedo.

Vivimos en pliegues, comemos dentro de
pliegues,
eyaculamos y nacemos en órganos con
pliegues.

En realidad no somos más que pliegues y
moriremos sin descubrir la infinita sucesión
de pliegues que es el universo.



Antiguos comediantes

Antiguos comediantes me despiertan en la noche. Viajo en carromato. Soy uno más en el desbarajuste de animales, coronas de papel, capas de tela rústica, espadas de madera, máscaras grasosas, gorros con borlas multicolores, sedas apócrifas. Todos dormitan a pesar del estruendo de ruedas y ejes. Observo la campiña de una Europa recién salida de una epidemia de peste. Las ciudades bostezan envueltas en celajes de otoño. Entramos a una plaza. Pronto el vocerío estalla, el pulular de gente, bufidos de bestias, ruidos metálicos de armas. Sobre tarima improvisada declamo un largo poema, una especie de saga heroica. Luego hago piruetas y suelto una andanada bufonesca que incluye puyas contra clérigos y funcionarios del Rey. El público ríe. Hasta mis colegas ríen. Qué raro, tal parece que siempre he estado aquí entre mugre, viruelas y jarras de vino agrio. Un niño tiene mi cara de cinco años, la piel tiznada, labios sedientos, pelo infestado de piojos. Pertenezco a un tiempo de máquinas inteligentes, algunas vuelan, otras son como cerebros, un solo artillero en forma de barril o longaniza puede borrar colinas y villas, la luz circula por hilos, la comida se vende dentro de extraños recipientes, las imágenes y

hasta la voz cabalgan por el aire, digo en un arranque de franqueza o de locura. La multitud aplaude, agita cascabeles, golpea escudos, me carga en hombros, las mujeres tocan mi verga, celebran mi virilidad. Soy un triunfador de indumentaria tosca. Hace semanas que no me baño, pero nadie lo nota, nadie se detiene en detalles comunes. Llueven monedas, pequeñas monedas de recompensa. A lo mejor estoy llorando. No sé si de gozo o de arrebató. He dicho mentiras atroces y todos me creen y se postran ante mis ojos desorbitados.

Gravedades

Aparecieron ocios que a la larga envenenaron el sueño,
cuerpos vehementes de fatuidad y encantamiento.

Entonces comenzamos a bajar al dolor con impaciencia,
a veces estirando piel hasta el colapso.

Entre torpezas y virtuosismos besamos llagas,
pero el milagro no acude o tal vez se esconde.

El aguacero nos da en la cara y lo esquivamos
Los salmos parecen agotarse (¿gravedad de la fe?)

Rotos los cables de una enconada protección
¿quién pagará los daños del insomnio?

Nubes roñosas patean lo poco que nos queda de intemperie.

Nos aturdimos sin oír, sin fracturar esquemas de desolación.

Abajo las ratas siguen desvalijando.

Caminan entre tuberías acribilladas, muros derribados,
humedecen patas y hocico en miasmas de la noche.



Alberto Marrero Fernandez (La Habana, 1956) Poeta y narrador. Ha publicado **El pozo y el péndulo** (1994), **La cercanía infinita** (2004), **Efecto Babel** (2007) y **El límite de tiempo abolido** (2010). En 2009 ganó el Premio de Poesía **Julian del Casal** de la UNEAC y el Premio de Cuento de **La Gaceta de Cuba**. Cuentos suyos han sido publicados en revistas y antologías cubanas y extranjeras. Licenciado en historia. Miembro de la UNEAC

BUSCANDO A CARLA

Carlos A Duarte



Sábado en la noche y ya son quince días sin saber de Carla.

Yo bien sé que ella es caprichosa, aunque para ser justo, debo decir que en nuestra relación se conforma con poco o casi nada. Sin embargo, con algunos detalles esa muchacha es irreductible y aquel sábado era su cumpleaños. Nos vimos en una escapada y le di su regalo y la tarjeta, pero ese día en particular no se iba a conformar con eso y yo no pude correr otra vez a abrazarla como me lo pidió. Ella piensa que fue por dejadez, por indolencia mía, claro, porque no tiene ni idea de lo que hago en realidad para la Agencia.

Un abrazo furtivo a la sombra de un portal, un simple beso, un te quiero para cubrir las huellas de mi amor envuelto en una sempiterna ausencia, un helado tal vez y una caricia. ¡Era tan fácil! Pero yo que no, la ignoré por cualquier pretexto al estilo de ya te vi hoy y ahora tengo que cuidarme la herida del brazo y mira que no puedo estar fuera tanto tiempo, porque hay verdades que no puedo compartir ni con Carla. Y ella que cuelga y se desaparece y yo pienso que, como otras veces, veré regresar otra vez su pelo ensortijado, sus grandes ojos clavados en el piso y ese oler nada más que a ella misma y otra vez le diría: perdóname soy un tonto egoísta y no te merezco.

Pero son ya dos semanas que la busco sin suerte, nadie la ha visto y me muero de miedo al percatarme hasta qué punto la añoro. Su casa está vacía, el móvil apagado y los vecinos no saben de ella, ni siquiera la vieja de al lado que vive más pendiente de los vecinos que de sus propios problemas.

Y yo aquí, parado en esta azotea del Vedado, aguantando apenas las ganas de meter un grado cinco y escanear toda la Habana. Estoy en uno de los puntos más elevados de la ciudad, con un poco de esfuerzo hasta Villa Clara llego y su patrón mental me lo sé de memoria. Lo he sensado con gentileza, como se mira un eclipse de sol tras un cristal oscuro, pero en este caso es para proteger al sol y no a los ojos. Proteger su intimidad, sus pensamientos, sus recuerdos...

Siempre fue tentador entrar en la mente de Carla mientras mis dedos acariciaban muy despacio su pelo tras el sexo y ella se acurrucaba a mi lado con los ojos cerrados como gata feliz. Tentador, pero inútil, después de todo, Carla era transparente, o al menos yo así lo quería asumir porque quizás era mi última oportunidad de creer en esa utopía que

llaman amor, y ella era el tronco flotante en el naufragio, la isla desierta donde llegaban, desmembrados, los restos de mi fe. Sé que no tenía derecho a más, hubiera sido un suicidio inaparente. Jamás entré allí, pero su aura de emisión la podría dibujar con los ojos cerrados, con ese raro fulgor atenuado que se me antojaba tímido o quizás insinuante, como la sonrisa de la Gioconda.

Pero algo me dice que esta vez Carla sí se ha ido bastante lejos; si no hago nada, la voy a perder...

Ayer no pude más y llamé a casa de su padre —la madre vive en Madrid— y le hice todo un cuento sobre algo del trabajo de Carla para ver si le sacaba información. Pero nada, este tampoco tenía ni idea de donde se había metido la niña y mira que ya no aguanto más, donde esté la voy a encontrar y decirle la verdad, que soy un jodido tele, un freak y lo de mi familia es una gran excusa. Que trabajo para una agencia del gobierno y me dedico a ciertos asuntos de los que mejor ni le cuento. Así es que me debato entre mis restricciones y el miedo de perderla, pero es muy fuerte el recuerdo de su piel en la mía, sus piernas en torno a mi cintura, su sexo de otro mundo... y al final me digo que me importa poco la desactivación a que me expongo, la mutilación incluso de mis capacidades y que la buscaré aunque me cueste tener a todos mis colegas de la Agencia rastreándome por el Vedado.

Apuro una última cerveza sin alcohol, —nada debe interferir con mi potencia— y comienzo a proyectar un campo psiónico circular que se expande, lento y metódico, en busca del patrón de Carla. Son casi las cuatro de la madrugada y aunque durante el sueño el aura de emisión es muchos más sutil, también hay menos interferencias, así que logro individualizar las señales con más facilidad y desgranarlas con precisión de centímetros. También la guardia anti-teles es más débil a esta hora, pero de todas formas erijo una barrera de protección para ocultarme. Sé que no me servirá de mucho una vez localizada mi emisión, pero al menos me dará un tiempo adicional para intentar llegar a Carla.

Con sumo tacto, para no despertar a los durmientes, descarto patrones irrelevantes y me concentro en la única e irreplicable proyección de la mente de Carla. Sé que me llevará un rato pero lo lograré, si está a mi alcance. Minuto a minuto la busco en el silencio de la noche. En unos quince ya he completado el Vedado y me expando hacia los barrios vecinos. Nada de Carla. El Vedado era una buena posibilidad. Allí tiene amigos en los que prefiero no pensar porque me muerden una multitud de gusanos parecidos a celos, pero aún más estúpidos, porque yo no he tenido nunca ni siquiera el derecho a celarla. Pero cuéntele eso a mis neuronas dondequiera que esté el centro que genera los celos. Después de todo es bueno que ella no esté en el Vedado, me obligo pensar para engañar a mis miedos.

Mi campo Psi se expande por barrios aledaños como una ola gigante, evito los lugares conflictivos que conozco por mi trabajo y donde es imposible que Carla este metida, pero a pesar de mis cuidados, ya siento al menos un telépata golpeteando tímidamente en mis defensas. Quizás sea solo un clase I, temeroso o aún semidormido, pero de seguro vendrán más. Pronto le avisará a la guardia de Occidente, si es que no lo ha hecho ya. Debo apurar mi búsqueda, me digo, pero por mucho que me esfuerzo es solo la ausencia de Carla lo que me rodea y oprime.

Vuelo rápido sobre las ruinas de Centro Habana, allí solo viven las ratas y los desesperados, pero soy mucho más meticuloso en Habana Vieja, la Víbora, Lawton el Cerro y la parte este de Playa hasta donde no llegaron los efectos de la micronuclear del 62.

Todo inútil.

Prosigo mi escaneo por la periferia y en cosa de una hora logro saberlo con alto grado de certeza: Carla no está en La Habana. Al menos viva.

No desisto. Me proyecto aún más lejos como un faro en la noche cerrada, sorteando los vigías con mejor o peor fortuna —es seguro que ya a estas alturas debo haber encendido varias luces rojas entre mis colegas a juzgar por la forma en que se tambalean mis defensas— y empiezo a temer que logren neutralizarme antes de llegar a Carla.

Sigo así, pueblo tras pueblo, buscando en radios cada vez más amplios. Sobre tierra y mar hasta que el borde de mi campo Psi toca ya las costas de Florida. Ahí sí que hay barreras fuertes pero yo soy un experto. No es la primera vez que las burlo, me conozco su juego, sus escáneres, sus amplificadores y sus buzos ciegos. Aun así es siempre peligroso, pero hoy no, hoy nadie puede pararme, hoy estoy buscando a Carla.

Otra cosa son los de aquí adentro que ya me tienen la barrera en jaque y no puedo divertirme más energía en sostenerla porque tendría que abandonar la búsqueda. Calculo que me quedan unos quince minutos y me lanzo a fondo, poseído del afán de tocarla apenas una última vez, ahora que se ha ido de veras muy lejos a enterrar nuestro amor sin sentido, nuestro amor contradicción, amor bomba de tiempo.

Examino a la vez Varadero y Miami. No Miami, por favor, no Miami, me repito angustiado, pero del norte me golpea de súbito el patrón de mi Carla. Ya dije que era único, es ese mismo que detecto noventa millas en la dirección equivocada. Lo sabía, al final todos terminan huyendo. Somos un país de fantasmas.

No lloro, yo nunca lloro. No después de mi infancia en Romerillo, las pandillas y el hambre, un día dije nunca más, así que no lloraré por Carla. Me asombra que pudiera escapar de aquí en tan corto tiempo, pero ella siempre ha sido así: impredecible. Seguro su madre le envió el dinero y... pero nada de eso tiene ya sentido.

Retengo a duras penas las ganas de despertarla y gritarle que la amo. Le rozo apenas la mente para implantar una imagen que será como un sueño; es todo a cuanto me atrevo, nada más.

Mis defensas sucumben y escucho el sonido de un móvil militar que avanza sobre mí. Beso por última vez a Carla y me desarmo. El choque mental me lanza al piso con violencia. Grito.

Es todo.

Me esperan no sé cuántas sanciones, he violado unas cuatro o cinco leyes, las reglas de la agencia, mi código de ética, pero peor que eso es que me aguarda la eterna soledad y añoranza de Carla, porque a ese país yo no puedo entrar.

La presión sobre mí disminuye, saben que ya me tienen y no quieren dañarme, soy demasiado valioso. Somos solo cuatro teles de nivel cinco en Cuba y unos diez en el mundo. Ellos nos hicieron así en su estupidez, con sus micronucleares y lluvias radioactivas, nos volvieron cada vez más freaks, más anormales pero también más irredentos.

Tengo el móvil estacionario casi en mi vertical, la escala desciende serpenteando en el viento y por ella dos figuras. Cuatro manos me agarran y tiran de mi cuerpo. Me sostienen y, casi con gentileza, me arrastran hacia el aparato. Estoy extenuado; ni se me ocurre resistirlos. Sonrío y me dispongo a entrar en sueño autoinducido. Quiero estar fuera del mundo, desconectado mientras pueda.

Es entonces cuando llega una emisión que me estremece.

Tiemblo.

Un pulso débil, un patrón familiar pero de una naturaleza que nunca había percibido, sin aquella contención tan enigmática. Por vez primera abierta para mí, sin sordina. Una corriente que me inunda y que solo puede venir de una persona en todo el planeta. Desesperación y amor, un amor como nunca había conocido y como seguramente no volveré a sentir en lo que me resta de vida. En el contacto directo entre las mentes no hay lugar para la falsedad ni la mentira. Calculo que para lanzar ese campo a más de noventa millas ella debe tener una potencia muy cercana a la mía. Es una ironía que ambos... la emisión cesa. No me alcanza la energía para responder. La neutralizarán y no sabré más de ella. Lo mismo harán conmigo.

Ya casi amanece y estoy tan cansado...

Vuelo sobre la ciudad de luces macilentas y barrios destrozados por la guerra y la desidia, fluctuando entre el autoritarismo y la anarquía en un ciclo sin fin. Mi ciudad, que ahora se me antoja mucho más dura sin Carla.

Comienza a clarear y yo, después de muchos años, lloro.

Ilustración Jesús Minsal y Vladimir García



Carlos A. Duarte Cano (La Habana, 1962) Es doctor en Ciencias Biológicas y trabaja en el Centro de Ingeniería Genética y Biotecnología de La Habana en investigaciones de biotecnología aplicada a la salud humana. Comenzó a escribir ficciones a partir del 2005 a partir de su incorporación en el Taller 7 de CCF en Internet, del cual llegó a ser uno de los coordinadores. Es uno de los fundadores y coordinadores del taller de literatura fantástica Espacio Abierto y uno de los organizadores de los tres eventos teóricos homónimos celebrados en La Habana. Premio en el Primer Concurso Internacional Sinergia, Realidades Alteradas, 2008. Un relato suyo fue seleccionado para la antología Fabricantes de Sueños 2008 de la

AECFT. Primer premio del concurso de CF de la revista cubana Juventud Técnica, 2008. Mención especial en el Concurso Luis Rogelio Nogueras de Ciencia Ficción, 2010, La Habana. **Buscando a Carla** fue Primer Premio en el concurso La Cueva del Lobo, 2012. Varios de sus cuentos han aparecido en antologías de Argentina y Cuba, en la revista Argentina Sensación y en los ezines Axxon, Qubit y la Voz de Alnader. Es uno de los editores de Korad. Hemos publicado sus ensayos: **Espacio abierto para la fantasía y la CF** (Korad 0); **Reseña crítica a Crónicas del Mañana** (Korad 0); **La biología en la construcción de mundos** (Korad 10); **Los misterios de Hyperion: un breve viaje a las tumbas del tiempo** (Korad 14). Este es el primer cuento de su autoría en Korad.

De Cenicienta a princesa: definición y redefinición de la ópera espacial*

David G. Hartwell y Kathryn Cramer



Durante los últimos veinte años (1982-2002), el Premio Hugo a la mejor novela ha sido concedido por lo general a la ópera espacial: desde David Brin, C. J. Cherryh y Orson Scott Card hasta Lois Bujold, Dan Simmons y Vernor Vinge. (Los premios a la ficción más breve han sido distribuidos de manera mucho más amplia a lo ancho del espectro de estilos y posibilidades de la ciencia ficción y la fantasía.) Podríamos llegar incluso a decir que el premio Hugo a la mejor novela siempre ha ido a parar principalmente a la ópera espacial, como actualmente se la define, aunque muchos de los ganadores anteriores, hasta finales de los años 70, se habrían sentido mortalmente ofendidos si se hubiera etiquetado así a sus libros. La ópera espacial solía ser antes una locución peyorativa que no designaba en absoluto un subgénero o modo, sino la peor forma de literatura pedestre y formulaica: ciencia ficción (CF) realmente mala.

Hay mucha gente que no recuerda esto, lo cual distorsiona la comprensión tanto de nuestro presente como de nuestro pasado en la CF. Gente perfectamente inteligente, pero ignorante, está escribiendo historia revisionista, inventando una detallada edad de la ópera espacial, basada en redefiniciones en bloque del término inventadas en los años sesenta y setenta para justificar agendas políticas literarias. Para decirlo llanamente: antes de mediados de los años 70, nadie nunca en la historia de la ciencia ficción se sentó a escribir consciente e intencionalmente algo llamado «ópera espacial» (excepto Jack Vance, que aceptó el encargo de Berkley Books a finales de los sesenta para escribir una novela ajustada al título *Space Opera* —al mismo tiempo que Philip K. Dick recibió el encargo de escribir un libro llamado *The Zap Gun*. Se trataba de bromas editoriales para ser compartidas con los fans).

Por otro lado, hay un buen número de ejemplos de obras desde finales de los años 40 en adelante publicadas como parodias intencionales de la ópera espacial, que de hecho aplican el término a obras —con justicia o injustamente— en búsqueda de un efecto humorístico, burlándose a menudo de los grandes nombres del pasado. Esto, también, es política literaria. Sin embargo, existe en la actualidad un cuerpo real de obras que es escrita auténtica y

* David G. Hartwell y Kathryn Cramer: “How Shit Became Shinola: Definition and Redefinition of Space Opera”, publicado originalmente en *SF Revu*, agosto, 2003. (El título consiste en un juego de palabras intraducible a partir de la frase coloquial inglesa *You don’t know shit from Shinola*. Shinola es una conocida marca de betún para zapatos —N. del T.)

conscientemente como ópera espacial. Muchas están en una u otra de las vanguardias de la CF de las últimas dos décadas —y hay un gran número de vanguardias.

He aquí el origen y descripción del término tomado de un temprano diccionario de la CF, la *Fancylopedia II* (1959):



Un momento de transición: en 1976 Leigh Brackett editó una antología para la editorial Del Rey, *Lo mejor de Planet Stories*, #1

«Estuvo de moda por un tiempo, entre algunos elementos del fandom de la ciencia-ficción, odiar a *Planet Stories*. Odiaban la revista, al parecer, porque no era *Astounding*... Desde luego, *Planet* no era *Astounding*; nunca pretendió ser *Astounding*, y eso fue una bendición para muchos de nosotros que nos habríamos muerto de hambre si John W. Campbell hubiera sido el mercado único y exclusivo para nuestra mercancía... los que escribíamos para *Planet* tendíamos a estar más interesados en las maravillas que en el cálculo diferencial o la teoría y práctica del martillo hidráulico, aun cuando lo conociéramos todo acerca de tales cosas. »

«(No yo.) *Astounding* era para el cerebro, *Planet* para las vísceras, y siempre tuve la impresión de que un objetivo era tan válido como el otro.»

Ópera especial ([acuñado por Wilson] Tucker) Una historia pedestre de ciencia-ficción, un Western disfrazado; llamada así por analogía con «horse opera» para las películas de vaqueros bang-bang-mátenlos-a-todos y «soap opera» para los melodramones de radio y video [hasta aquí, la entrada completa de la *Fancylopedia*, 1944]. Desde luego, algunas óperas espaciales son de una naturaleza más burda que otras; las primeras emisiones televisivas de Capitán Video eran un híbrido de escenas espaciales originales y metraje tomado de viejas películas del oeste (que pretendían representar un Rayo Espía que vigilaba a los agentes terrestres del capitán). Terry Carr descubrió una vez una publicación nombrada Space Western Comics, en la que un personaje llamado Espuelas Jackson se aventuraba en un escenario futurista de vaqueros con sus «vigilantes del espacio», y la vieja revista de la preguerra Planet Comics publicaba intermitentemente una tira cómica sobre el Quinto de Lanceros Marcianos y sus luchas contra tribus rebeldes.

Lo que Bob Tucker realmente dijo en su fanzine en 1941 fue:

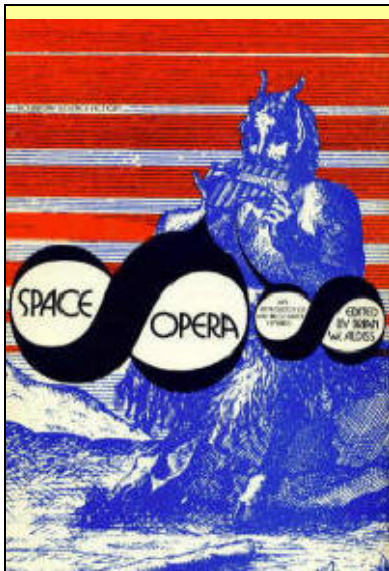
En estos frenéticos días en que se acuñan frases, ofrecemos una. Los Westerns son llamados «*horse operas*», los dramas matinales lacrimógenos para amas de casa son llamados «*soap operas*». Para la pedestre, chirriante, fétida y trillada historia de astronaves, o salvadora del mundo, si prefieren, ofrecemos «*space opera*».

Subrayemos que esta definición original se aplicaba a toda la CF mala y pedestre. No se refería a las buenas historias del espacio de *Astounding*, o a Doc Smith o Edmund Hamilton, estrellas del campo, sino al subliterario trabajo pedestre que aparecía, digamos, en *Amazing* en aquellos días, y que nunca se reimprime o se elogia en la actualidad. No estaba confinada al futuro o a escenarios fuera de la Tierra, ni se refería a ciertos «buenos viejos tiempos». Esos giros en el término fueron introducidos mucho más tarde.

Ópera espacial era aún un término negativo en los años 50. Un anuncio en la contraportada de los primeros números de *Galaxy* (por entonces una ambiciosa nueva revista) exhibía el titular: «Nunca encontrarás esto en *Galaxy*...», que ofrecía un ejemplo estereotipado de ópera espacial para aquella época. Cuando el término apareció en las secciones de reseñas de los años 50, recuerdo a alguien, quizá incluso Damon Knight, refiriéndose a la pedestre serie de Hamilton *Captain Future* como un ejemplo de ópera espacial, al tiempo que la distinguía de su obra mejor. Y recuerdo a Knight elogiando a Leigh Brackett. No existía un sentido de ópera espacial que tuviera un significado distinto a «pedestres, chirriantes, fétidas y trilladas» historias de CF de cualquier tipo. Aun así, a medida que los 50 se acercaban a su fin, el término llegó a estar asociado específicamente con las historias del espacio y su significado empezó a contaminarse con la afición por la CF trillada, anticuada y pasada de moda, placeres culpables.

No sabemos cuál fue la primera vez que alguien usó el término en referencia a *Doc Smith*, pero hacia los años 60 era empleado así, aunque no universalmente. Ese fue el primer signo indicador real de un cambio en el significado para darle a la ópera espacial un aire de aprobación nostálgica.

El siguiente signo indicador fue el proyecto de la Nueva Ola en Inglaterra. Pugnando a favor de una revolución, Michael Moorcock y J. G. Ballard usaron su prestigio y dotes polémicas para condenar la mayor parte de la CF de las décadas anteriores. Declararon superada la ficción del espacio, y como única CF auténticamente contemporánea a la ficción del futuro cercano, el espacio interior y la mente humana. En el proceso fusionaron toda la CF de aventuras en futuros lejanos o alejada en el espacio con la ópera espacial y dijeron que era toda mala, toda historia literaria, y ya no más una parte viva de la CF. Sus asociados de finales de los 60 y comienzos de los 70, incluyendo a Harry Harrison (en las parodias *Bill, el héroe galáctico* y *Star Smashers of the Galaxy Rangers*), M. John Harrison (en la deconstrucción besteriana *The Centaury Device*) y Brian Aldiss en su antología en dos volúmenes *Space Opera* y *Galactic Empires*, impusieron esas ideas mediante el ejemplo.



De la introducción de Brian Aldiss a *Space Opera* (1974):

«Los símbolos más potentes no son abstractos sino concretos. Y tal vez el símbolo más potente de todos ellos es una invención propia de la CF: la Astronave [*starship*].»

«La Astronave es la llave que abre las grandes puertas de bronce de la ópera espacial y le permite a la humanidad explayarse a sus anchas entre todas las demás inmensidades... En el centro de [*The Storm*] de Van Vogt se desplaza su gran acorazado galáctico *Star Cluster*, resplandeciendo como una joya inmensa y brillante: «Silencioso como un fantasma, grande y maravilloso más allá de toda imaginación, glorioso en su poder, la gran nave se deslizaba a través de las tinieblas a lo largo del especial río de tiempo y espacio que era su curso trazado'...»

Cuando Aldiss editó *Space Opera* en 1974 estaba acercándose a la cúspide de su reputación como escritor y como crítico literario (y también estaba editando junto a Harry Harrison la prestigiosa serie de antologías *SF: The Year's Best*). En su introducción declaró muerta a la ópera espacial, excepto como un cultivo de invernadero: esencialmente la ópera espacial había nacido en las revistas *pulp*, floreció allí y allí murió. Todavía se la escribe, pero principalmente por autores que deben su inspiración e impulso a las *pulps*.

Aldiss presentó a la ópera espacial como un placer culpable para los lectores de la CF buena, seria: esto no es una antología seria. Ambos volúmenes están repletos de vacío voluptuoso. Han sido concebidos para divertir.

Aldiss dijo también:

El término es a la vez vago e inspirado, y debe haber sido acuñado [aquí Aldiss está siendo especialmente evasivo] con afecto y a la vez con cierto desdén... Sus parámetros están marcados por unos pocos conceptos poderosos que se alzan como atalayas a lo largo de una solitaria frontera. Lo que ocurre entre ellas es esencialmente simple —un relato de amor u odio, de triunfo o derrota— porque son las atalayas lo que importa. Ya estamos familiarizados con algunas de ellas: el problema de la realidad, las limitaciones del conocimiento, el exilio, la mera inmensidad del universo, la infinitud del tiempo.

De hecho, esta minuciosa descripción es una redefinición en bloque de la ópera espacial como el modo bueno y viejo.

Antes del año de 1973, aproximadamente, era posible para los críticos de CF distinguir la ópera espacial (desde los años 20 a los 70) de la CF popular de aventuras (como la escrita, por ejemplo, por Poul Anderson o Henry Kuttner, y llamada a veces «romances planetarios»). Las aventuras de CF de Edgar Rice Burroughs y, más tarde, Leigh Brackett, tenían un ritmo rápido, eran vívidas, heroicas y (al menos en el caso de Brackett) estaban bien escritas, a pesar de todos sus clichés *pulp*. No se les consideraba mero trabajo pedestre, si bien el hecho de que a alguien le gustara Burroughs, digamos, era considerado a menudo un placer culpable. Pero esa distinción se ha venido abajo. Todavía sigue siendo la definición que funciona bien para alguna gente dentro de la CF.

La redefinición de la ópera espacial hizo colapsar todas las formas de aventuras en meramente variedades de la ópera espacial y desde entonces son por lo regular indistinguibles en los debates en la CF —como ocurre con las antes citadas obras de Edward E. Smith, que fuera una vez un modelo temprano de buena CF dura de aventuras. *Doc* Smith fue publicado en *Astounding*, incluso en los años de la Edad de Oro de Campbell, y Robert A. Heinlein respetaba, y elogiaba, las obras de Smith. Pero Smith es ahora la personificación de la ópera espacial temprana. Y a menudo se hace referencia a los días de la CF antes de los cincuenta como los días de la Ópera Espacial, y eso es al menos un triunfo parcial de la Nueva Ola.

Pasemos ahora al siguiente signo indicador. A mediados de los años 70 Leigh Brackett era una de las escritoras de CF veteranas y respetadas: hacia mediados y a fines de los años 70 Del Rey reeditó casi todas sus narraciones iniciales, ¡llamándolas ópera espacial como un término contemporáneo de elogio!

He aquí cómo ocurrió: Lester Del Rey se había propuesto hacer retornar la CF a sus raíces como entretenimiento no literario, o incluso anti-literario, expresamente para rechazar las incursiones del Modernismo en la CF, después de lo que manifestó habían sido las pretensiones, excesos y experimentos fallidos de la Nueva Ola. Lester y su esposa Judy Lynn aceptaron la fusión realizada por la Nueva Ola entre CF de aventuras y Ópera Espacial y usaron los términos sinónimamente —tanto en el marketing de Judy para Del Rey books como en la sección de reseñas de Lester en *Analog*— como términos de aprobación.

A menudo les oí hablar acerca de la ópera espacial en público sin darme cuenta, hasta pasados algunos años, del efecto que eso estaba teniendo: invertir, final y enteramente, la polaridad de la ópera espacial. En ese entonces yo creía que no eran más que burdos gestores de marketing. Hacia esa época, mientras Gardner Dozois, Terry Carr, Charlie Brown, yo y un grupo de otras personas nos sentábamos a charlar en las fiestas de clausura de las Worldcon de fines de los 70 y hacíamos bromas a costa del apasionado, de-mínimo-denominador-común y anti-literario populismo cienciaficcional de Del Rey, la ópera espacial se estaba convirtiendo en un término aprobatorio para designar al mejor tipo de CF contemporánea y del pasado, justamente el género de CF que Aldiss había descrito como muerto.

Lester llegó incluso al extremo de negar que algún escritor pudiera proponerse escribir CF como arte. Esto desde luego estaba en completa contradicción tanto con el eje Knight/Merril/Sturgeon en los EE.UU., como con el equipo de *New Worlds* en el Reino Unido. Moorcock, Ballard, Aldiss y el resto, creían todos que la CF podía ser buen arte y que los buenos escritores podían aspirar al arte a través de la CF —si desechaban las tradiciones de la ópera espacial.

Tomó casi diez años llevar a cabo la redefinición, pero hacia los primeros años de la década de los 80 los esfuerzos de Del Rey habían conseguido modificar el sentido en que se percibía la ópera espacial. Su modelo a finales de los años 70 había llegado a ser *Star Wars* (el libro y el filme) y sus secuelas. Y al final Del Rey Books adjuntó el considerable prestigio y autoridad de Brackett al proyecto de *Star Wars* cuando Brackett, que era también una consumada guionista, escribió el guión de **El imperio contraataca**. La novelización del filme publicada por Del Rey tiene su nombre en la cubierta junto al del novelizador. Y fue así que en la mente popular, al cabo de pocos años, *Star Wars* se había fundido con la ficción de *Star Trek* para moldear la nueva imagen de la ópera espacial: hacia mediados de los 80 ópera espacial era un término codificado en los círculos de marketing de los EE.UU. para el entretenimiento popular de CF con gran éxito de ventas.

Y aquí está la gran ironía: los Del Rey eran conservadores y estaban apuntando a una restauración de las virtudes pasadas, pero en lugar de eso hicieron blanco en el futuro. Lo que lograron fue permitir la fusión posmoderna de marketing y arte, la inclusión de los medios [*media*] en el proyecto artístico de la CF, y consentir la mezcla de todos los niveles y tipos de arte en las obras individuales. Establecieron el entorno artístico para obras que ellos nunca hubieran tomado en cuenta para publicar o apoyar. Crearon el escenario para la ópera espacial posmoderna.

Muchos lectores y escritores y casi todos los fans de los medios que llegaron a la CF después de 1975 nunca han entendido el origen de «ópera espacial» como un término peyorativo y a muchos puede sorprenderles enterarse de eso. Así pues, el término ópera espacial volvió a entrar en el discurso serio sobre la CF contemporánea en los años 80 con un significado completamente modificado: de ahora en adelante ópera espacial significó, y todavía significa por lo general, ciencia ficción de aventuras vívida, dramática y a gran escala, escrita de manera competente y a veces hermosa, concentrada por lo general en un personaje central simpático y heroico así como en la acción argumental [esta parte es lo que la separa de otros posmodernismos literarios], ubicada por lo general en un futuro y un espacio relativamente distantes o en otros mundos, y característicamente de tono optimista. Lo que es centralmente importante es que esto le permite a un escritor emprender un proyecto de ciencia ficción que resulta ambicioso en términos tanto comerciales como literarios.

Las nuevas tradiciones de ópera espacial contemporánea solo en parte vienen del marketing y los cambios filosóficos de Del Rey, aunque comienzan allí. De inmediato buenos escritores empezaron a remontar sus propios orígenes a los

clásicos de la ópera espacial del pasado. Las partes más ambiciosas de la ópera espacial contemporánea se derivan ahora de modelos tales como **La espada de Rhiannon**, de Brackett; **The Rose** de Charles Harness; **La tierra moribunda**, de Jack Vance; las historias de **Norstrilia**, de Cordwainer Smith; **Nova**, de Samuel R. Delany; **La paja en el ojo de Dios**, de Larry Niven y Jerry Pournelle; la serie de Michael Moorcock **Dancers at the End of Time**; **Jinetes de la antorcha** y **The Void-Captain Tale**, de Norman Spinrad; **La estación Downbelow**, de C. J. Cherryh; los cuatro volúmenes del **Libro del Sol Nuevo**, de Gene Wolfe, y particularmente su secuela, **La Urth del Sol Nuevo**; **El juego de Ender**, de Orson Scott Card y sus secuelas; la serie de la Elevación de los Pupilos de David Brin; **Five Twelfths of Heaven**, de Melissa Scott; **Santiago**, de Mike Resnick; la serie de Miles Vorkosigan, de Lois McMaster Bujold; **Take Back Plenty** y sus secuelas, de Colin Greenland; y **Pensad en Phlebas**, de Iain M. Bank y las subsiguientes novelas de su serie de la Cultura. Tomadas en conjunto, esas obras formaron no una vanguardia sino muchas, una constelación de modelos (una vez que las barreras de las definiciones fueron eliminadas de manera que todas pudieran ser consideradas como parte de una tradición de ópera espacial) para los jóvenes escritores con ambiciones de finales de los 80, una década en verdad emocionante para la ópera espacial.

Dado que las novelas de Bank fueron *bestsellers* en Inglaterra, espectacular e inesperadamente exitosas, Banks, a pesar de su impacto relativamente pequeño en los EE.UU., era el modelo más destacado en el Reino Unido a comienzos de los 90. Paul Kincaid, en un ensayo sobre la CF de los 90, **The New Optimism**, lo llamó el escritor más influyente en Gran Bretaña hoy día, y dijo: «Su inmenso éxito comercial (mayor que el de cualquier escritor de género con la excepción de Terry Pratchett), ha generado una gran cantidad de sucesores, desde aquellos comparados oportunistamente con él en las notas publicitarias, hasta los que han sido inspirados genuinamente por su enfoque, su vigoroso estilo literario o su visión del futuro.»

No hay, sin embargo, nada que sea *la* nueva ópera espacial, no importa cuánto les guste a los *Brits* [británicos] pensar eso y proclamarlo. Hay una gran cantidad de diversos pero importantes y ambiciosos escritores en el mundo de la CF, todos ellos ensanchando a veces los límites del género, que incluyen a Dan Simmons, John Varley, David Brin, Iain Banks, Catherine Asaro, Orson Scott Card, John Clute, Peter Hamilton, Lois McMaster Bujold, M. John Harrison, Donald M. Kingsbury, David Weber, Ken MacLeod, Alastair Reynolds, Mike Resnick, C. J. Cherryh y muchos más. Todos ellos han pretendido de manera válida estar escribiendo ópera espacial ambiciosa (parte del tiempo), y todos son o han sido populares e influyentes. Dado que la inversión de polaridad del término ópera espacial en los años 70 fue una batalla literaria encubierta, no una discusión o debate público, la naturaleza de los límites de la ópera espacial ha sido fluida e imprecisa, continuamente actualizada por ejemplos nuevos —eh, miren **Marea estelar**; miren **El juego de Ender**; miren **Santiago**; miren **El uso de las armas**; miren **Hyperion**; miren **Appleseed**. La nueva ópera espacial de los últimos veinte años es posiblemente la vanguardia de la CF de hoy día.

Para concluir, señalemos que la mayoría de los sitios web dedicados a la ópera espacial hoy son sitios de fans de los medios, y con circunspecta sinceridad ellos por lo general remontan los orígenes de la ópera espacial filmica y televisiva al Capitán Video. Los autores de la *Fancyclopedia* quizás estén riéndose.

Traducción del inglés: Rinaldo Acosta

Ilustración Guillermo Vidal



David G. Hartwell es uno de los más importantes editores norteamericanos contemporáneos de ciencia ficción y fantasía. Ha sido nominado en más de treinta ocasiones al Premio Hugo al Mejor Editor Profesional, el cual ha ganado en los años 2006, 2008 y 2009. Ha sido el editor de varios libros ganadores de los premios Hugo y Nebula. Actualmente es *senior editor* de Tor/Forge Books y propietario de Dragon Press, editorial y librería, que publica *The New York Review of Science Fiction*. Preside la junta directiva de la World Fantasy Convention y, junto a Gordon Van Gelder, es el administrador del Premio Philip K. Dick. Ha sido el editor de numerosas antologías, entre ellas las entregas anuales de *Year's Best SF* y *Year's Best Fantasy*. Sus antologías históricas (publicadas junto a Kathryn Cramer) **The Ascent of Wonder: The Evolution of Hard SF** (1994), **The Hard SF Renaissance** (2002) y **The Space Opera Renaissance** (2006), han contribuido, en la opinión de Paul Kincaid, a reavivar el interés por estos subgéneros de la CF. Posee un doctorado en literatura medieval comparada. Como autor ha publicado **Age of Wonders**.



Kathryn Cramer. Narradora, editora y crítico norteamericana de ciencia ficción. Fue cofundadora de *The New York Review of Science Fiction* en 1988 y su co-editora hasta 1991 y nuevamente desde 1996. Además de ser autora de varios ensayos y críticas sobre el género, fue co-editora (junto a David G. Hartwell), durante diez años, de las series *Year's Best SF* y *Year's Best Fantasy*. Escribió el capítulo sobre *hard science fiction* para el importante volumen de referencia **The Cambridge Companion to Science Fiction** (Cambridge University Press, 2003). En 1987 ganó el World Fantasy Award por la antología **The Architecture of Fear** (1987, coeditada con Peter Pautz) y fue nominada al World Fantasy Award por su antología **Walls of Fear**.

Humor

LA GRAN BATALLA GALÁCTICA.

Miguel Angel Trujillo



En el siglo 89 de la era de los Jurkx, se reunieron las fuerzas sublevadas en el sector S-890G, en la constelación Igh Fkorlen, justo frente al planeta Ñargenwox. Las tropas, fieles al General Heelt Afgh III, contaban con miles de naves rebeldes llegadas desde toda la galaxia, ansiosas por combatir. Las horas del tirano espacial Kunzjarkw estaban contadas, allí se reunían los valientes Vilkrch, los temibles Lbexxqeh, las enormes guerreras Zpagfrts, los escurridizos Mfoiuss, cuya presencia era toda una sorpresa, y también estaban como era de esperarse los célebres Wqlopfed. La lista de aliados era interminable, cada uno decidido a dar gloria a su sistema planetario, cada uno armado y dispuesto a derrotar al imperio de los YhajpQ y a su odiado emperador Kunzjarkw, cuyos escuadrones habían invadido gran parte de la nebulosa, aterrorizando incluso a los pacíficos Bñerx Asgherts, al borde de la constelación del Hëmktirw. Así de lejos había viajado el imperio en sus ansias de dominación pero grande era la determinación de cada aliado a ganar su libertad.

Finalmente el cosmos se estremeció cuando ambos ejércitos colisionaron y el ruido de los sables láser se escuchó hasta en las lunas de Furjl Ahmx. Lucharon unidos y vencieron, y aunque el General Heelt Afgh III cayó heroicamente en combate, su hijo, el Coronel Mhierdx Afgh IV supo guiar a los aliados a la victoria. Celebraron entonces juntos los Vilkrch, los Lbexxqeh, los Mfoiuss (que saltaban en brazos de las Zpagfrts) e incluso cantaban de alegría los Xhiabmnyts, cuya supernave se había quedado sin combustible a mitad de camino.

Y festejaron el triunfo, cada cual vestido con sus mejores galas, en una inolvidable fiesta en Hotel Hyurtgxw Oophhiuhgtugtf, bañados en el cálido ocaso del asteroide Cuquita.

Güines/2005



Miguel Ángel Trujillo (Güines, 1973) Graduado de Pedagógico de Inglés. Aunque ha obtenido premios y reconocimientos locales, el grueso de su obra narrativa permanece inédita, como el volumen de cuentos **El dedo gordo**. Gran cultivador del relato ultrabreve, sus minicuentos figuran en las antologías **País con li(t)tera** (cuentos sobre becas) y **Heavy Mental** (cuentos rockeros, antologada por Yoss) y que en dos ocasiones impresionó con sus lecturas favorablemente al público asistente a la peña *Del Llano en Llamas*, Miguel Ángel se ha interesado también por la CF en los últimos tiempos.

Crónicas

Literatura fantástica y de ciencia ficción en el tercer día del Foro Literario

Camilo García López-Trigo



“Todo lo que una persona puede imaginar, otra persona puede hacerlo realidad”

Julio Verne

Un público abrumadoramente joven colmó la sala Rubén Martínez Villena de la UNEAC la mañana del jueves 20 de febrero para participar en el tercer y último día del Foro Literario, organizado por la Asociación de Escritores a propósito de la Feria del Libro 2014, que se dedicó en esta jornada a la literatura fantástica y de ciencia ficción.

El encuentro comenzó con la presentación de un audiovisual realizado en Ecuador, con motivo de la visita a ese país de varios de los más importantes escritores cubanos cultivadores del género en la Feria del Libro de Quito de 2013, que posibilitó un intercambio útil y fructífero entre narradores de ambos países.

A raíz de ello, ahora se encuentran en Cuba algunos de esos escritores ecuatorianos y, durante la jornada, se presentó el libro **Utópica penumbra**, antología de literatura fantástica de ese país, que fuera presentado el pasado sábado en la sede ferial de La Cabaña. El texto tiene una gran importancia para la literatura ecuatoriana, tradicionalmente realista y costumbrista, pues se trata de un movimiento nuevo que va adquiriendo fuerza en el contexto cultural de ese país.

Raúl Aguiar, reconocido escritor cubano de este género literario, fue el moderador del Foro y ofreció una charla sobre las tendencias actuales de la literatura de ciencia ficción en Cuba, que incluyó un recorrido por su historia desde los años 80 hasta la actualidad. Señaló que estamos viviendo momentos de mayor diversificación y avance en esta literatura del país, demostrado por la cantidad de libros publicados y la calidad con que cuentan, todo lo cual le ha venido otorgando prestigio internacional.

A continuación, José Miguel Sánchez (Yoss) –con su conocimiento casi enciclopédico del tema– reconoció la capacidad de Aguiar de “describir un terremoto mientras ocurre”, pues de eso se trata: de un movimiento telúrico que ha alcanzado dimensiones insospechadas en Cuba. Argumentó que, tras la crisis de los años 90 y el “muro de

lamentaciones” en que se sumó el género —como muchos otros—, en los últimos cinco años ha habido una “explosión” en la cual casi el 70% de lo que se escribe es bueno e innovador.

“Cuba está entre los tres primeros países en América Latina con mayor calidad y cantidad en la literatura de este género”, indicó, lo que ha logrado mucha demanda por haber sido históricamente una literatura anglocentrista. Por ello “un género que era considerado la Cenicienta en la literatura cubana se ha convertido en uno de los que más se publican en el exterior, con pronósticos de mayores perspectivas”.

A ello se le suma que casi todas las casas editoriales del país en la actualidad están interesadas en publicar obras de ciencia ficción y literatura fantástica de factura nacional, entre otras cosas porque tienen gran aceptación popular y “los libros que sacan vuelan de las estanterías”, comentó satisfecho. “Hoy somos más que ayer y confío en que menos que mañana”, culminó.

Por su parte, Elaine Vilar destacó el papel que han tenido los talleres literarios creados por años en el desarrollo de este género, como **Espacio Abierto** —el único que se mantiene vivo en la actualidad, con un fuerte componente juvenil—, que es heredero de una tradición importante, como el encuentro que bajo el título de “Espiral” reunió en los años difíciles a los cultivadores de esta literatura en el país.

Destacó que “jóvenes y decanos coexistimos” en una producción intensa y con un sello particular, que lo hace meritorio, pues se observa —utilizando términos musicales— un “panorama polifónico donde, con tantos tonos variados, todos son afinados y únicos”.

Sin embargo, lamentó que la literatura fantástica de horror continúe siendo la de menos atracción a producir por los escritores, lo que provocó un debate con el público asistente en el análisis de sus motivos. Muchos coincidieron en que es muy difícil escribir en ese estilo y Yoss profundizó señalando que, “aunque a veces nuestra realidad sea bastante horrorosa, (...) por nuestra idiosincrasia el horror está al borde del ridículo y no pasar esa frontera se torna muy difícil para muchos escritores.”

Carlos Duarte también abundó en el papel que han tenido los talleres literarios en la supervivencia y desarrollo del género, destacando la oportunidad que el Centro de Creación Literaria “Onelio Jorge Cardoso” le ha ofrecido desde hace 5 años para la realización de “Espacio Abierto”, como forma de encontrarse, compartir los textos e intercambiar experiencias.

Asimismo, resaltó otras experiencias que han enriquecido este esfuerzo, como los eventos teóricos anuales, los concursos que se convocan y, sobre todo, las revistas digitales que han mantenido vivo este tipo de literatura por años y lo han difundido ampliamente, a través de correos electrónicos, memorias flash y cuanta posibilidad tecnológica pueda coadyuvar a ello.

Entre estas se destacó la revista **Korad**, que para esta ocasión de la Feria del Libro la editorial Gente Nueva ha decidido publicar **Hijos de Korad**, con una antología de 36 escritores en una amplia variedad de temas y estilos, divididos entre narraciones de fantasía y las de ciencia ficción. Además, se mencionaron las revistas digitales **Qubit**, **Cuenta regresiva** y **Metatron**.

Otra de las preocupaciones expresadas fue con relación a la ausencia de una crítica profesional al género, lo cual ha sido suplantado por los propios escritores que han debido convertirse en “críticos emergentes”. En este sentido, se resaltó la experiencia con algunos jóvenes —incluso estudiantes de la universidad— que han demostrado mucha capacidad en este trabajo, con respaldo teórico y respeto a esta literatura.

Ello habla bien de lo que los panelistas destacaron como el “espíritu tallerista” que ha caracterizado a los cultivadores del género en el país, entre quienes existe una gran relación y camaradería, lo cual sin dudas ha sido de gran ayuda para el desarrollo y las perspectivas de la literatura fantástica y de ciencia ficción en Cuba.



Camilo García López-Trigo (Camagüey, 1968) Promotor cultural de la Asociación de Escritores de la UNEAC. Ex diplomático, graduado en Relaciones Políticas Internacionales. Miembro de la Sociedad Cubana de Investigaciones Filosóficas, de la Universidad de La Habana, y profesor de Ciencia Política.

Poéticas



Sobre la ciencia ficción

Phillip K. Dick

En primer lugar, definiré lo que es la ciencia ficción diciendo lo que no es. No puede ser definida como "un relato, novela o drama ambientado en el futuro", desde el momento en que existe algo como la aventura espacial, que está ambientada en el futuro pero no es ciencia ficción; se trata simplemente de aventuras, combates y guerras espaciales que se desarrollan en un futuro de tecnología superavanzada. ¿Y por qué no es ciencia ficción? Lo es en apariencia, Y Doris Lessing, por ejemplo, así lo admite. Sin embargo la aventura espacial carece de la nueva idea diferenciadora que es el ingrediente esencial. Por otra parte, también puede haber ciencia ficción ambientada en el presente: los relatos o novelas de mundos alternos. De modo que si separamos la ciencia ficción del futuro y de la tecnología altamente avanzada, ¿a qué podemos llamar ciencia ficción?

Tenemos un mundo ficticio; éste es el primer paso. Una sociedad que no existe de hecho, pero que se basa en nuestra sociedad real; es decir, ésta actúa como punto de partida. La sociedad deriva de la nuestra en alguna forma, tal vez ortogonalmente, como sucede en los relatos o novelas de mundos alternos. Es nuestro mundo desfigurado por el esfuerzo mental del autor, nuestro mundo transformado en otro que no existe o que aún no existe. Este mundo debe diferenciarse del real al menos en un aspecto que debe ser suficiente para dar lugar a acontecimientos que no ocurren en nuestra sociedad o en cualquier otra sociedad del presente o del pasado. Una idea coherente debe fluir en esta desfiguración; quiero decir que la desfiguración ha de ser conceptual, no trivial o extravagante... Ésta es la esencia de la ciencia ficción, la desfiguración conceptual que, desde el interior de la sociedad, origina una nueva sociedad imaginada en la mente del autor, plasmada en letra impresa y capaz de actual como un mazazo en la mente del lector, lo que llamamos el shock del no reconocimiento. Él sabe que la lectura no se refiere a su mundo real.

Ahora tratemos de separar la fantasía de la ciencia ficción. Es imposible, y una rápida reflexión nos lo demostrará. Fijémonos en los personajes dotados de poderes paranormales; fijémonos en los mutantes que Ted Sturgeon plasma en su maravilloso *Más que humano*. Si el lector cree que tales mutantes pueden existir, considerará la novela de Sturgeon como ciencia ficción. Si, al contrario, opina que los mutantes, como los brujos y los ladrones, son criaturas imaginarias, leerá una novela de fantasía. La fantasía trata de aquello que la opinión general considera imposible; la ciencia ficción trata de aquello que la opinión general considera posible bajo determinadas circunstancias. Esto es, en esencia, un juicio arriesgado, puesto que no es posible saber objetivamente lo que es posible y lo que no lo es, creencias subjetivas por parte del autor y del lector.

Ahora definiremos lo que es la buena ciencia ficción. La desfiguración conceptual (la idea nueva, en otras palabras) debe ser auténticamente nueva, o una nueva variación sobre otra anterior, y ha de estimular el intelecto de lector; tiene que invadir su mente y abrirla a la posibilidad de algo que hasta entonces no había imaginado. "Buena ciencia ficción" es un término apreciativo, no algo objetivo, aunque pienso objetivamente que existe algo como la buena ciencia ficción.

Creo que el doctor Willis McNelly, de la Universidad del estado de California, en Fullerton, acertó plenamente cuando afirmó que el verdadero protagonista de un relato o de una novela es una idea y no una persona. Si la ciencia ficción es buena, la idea es nueva, es estimulante y, tal vez lo más importante, desencadena una reacción en cadena de ideas-ramificaciones en la mente del lector, podríamos decir que libera la mente de éste hasta el punto que empieza a crear, como la del autor. La ciencia ficción es creativa e inspira creatividad, lo que no sucede, por lo común, en la narrativa general. Los que leemos ciencia ficción (ahora hablo como lector, no como escritor) lo hacemos porque nos gusta experimentar esta reacción en cadena de ideas que provoca en nuestras mentes algo que leemos, algo que comporta una nueva idea; por tanto, la mejor ciencia ficción tiende en último extremo a convertirse en una colaboración entre

autor y lector en la que ambos crean... y disfrutan haciéndolo: el placer es el esencial y definitivo ingrediente de la ciencia ficción, al placer de descubrir la novedad.

Sobre la novela y el cuento corto

La diferencia entre un relato corto y una novela reside en lo siguiente: un relato corto puede tratar de un crimen; una novela trata del criminal, y los hechos derivan de una estructura psicológica que, si el escritor conoce su oficio, habrá descrito previamente. Por consiguiente, la diferencia entre un relato corto y una novela no es muy grande; por ejemplo, *La larga marcha*, de William Styron, se ha publicado ahora como "novela corta", cuando fue publicada por primera vez en Discovery como "relato largo". Esto significa que si lo leen en Discovery están leyendo un relato, pero si compran la edición de bolsillo van a leer una novela. Con eso basta.

Las novelas cumplen una condición que no se encuentra en los relatos cortos: el requisito de que el lector simpatice o se familiarice hasta tal punto con el protagonista que se sienta impulsado a creer que haría lo mismo en sus circunstancias... o, en el caso de la narrativa escapista, que le gustaría hacer lo mismo. En un relato no es necesario crear tal identificación, pues 1) no hay espacio suficiente para proporcionar tantos datos y 2) como se pone el énfasis en los hechos, y no en el autor de los mismos, carece realmente de importancia -dentro de unos límites razonables, por supuesto- quién es el criminal. En un relato, se conoce a los protagonistas por sus actos; en una novela sucede al revés; se describe a los personajes y después hacen algo muy personal, derivado de su naturaleza individual. Podemos afirmar que los sucesos de una novela son únicos, no se encuentran en otras obras; sin embargo, los mismos hechos acaecen una y otra vez en los relatos hasta que, por fin, se establece un código cifrado entre el lector y el autor. No estoy seguro de que esto sea especialmente negativo.

Además, una novela -en particular una novela de ciencia ficción- crea todo un mundo, aderezado con toda clase de detalles insignificantes..., insignificantes, quizá, para describir los personajes de la novela, pero vitales para que el lector complete su comprensión de todo ese mundo ficticio. En un relato, por otra parte, usted se siente transportado a otro mundo cuando los melodramas se le vienen encima desde todas las paredes de la habitación... como describió una vez Ray Bradbury. Este solo hecho catapultó el relato hacia la ciencia ficción.

Un relato de ciencia ficción exige una premisa inicial que le desligue por completo de nuestro mundo actual. Toda buena narrativa ha de llevar a cabo esta ruptura, tanto en la lectura como en la escritura. Hay que describir un mundo ficticio totalmente. Sin embargo, un escritor de ciencia ficción se halla sometido a una presión más intensa que en obras como, por ejemplo, *Paul's Case* o *Big Blonde*, dos variedades de la narrativa general que siempre permanecerán con nosotros.

En los relatos de ciencia ficción se describen hechos de ciencia ficción; en las novelas de este tema se describen mundos. Los relatos de esta colección describen cadenas de acontecimientos. El nudo central de los relatos es una crisis, una situación límite en la que el autor involucra a sus personajes, hasta tal extremo que no parece existir solución. Y luego, por lo general, les proporciona una salida. Sin embargo, los acontecimientos de una novela están tan enraizados en la personalidad del protagonista que, para sacarlo de sus apuros, debería volver atrás y reescribir su personaje. Esta necesidad no se encuentra en un relato, sobre todo cuanto más breves sea (relatos largos como *Muerte en Venecia*, de Thomas Mann, o la obra de Styron antes comentada son, en realidad, novelas cortas). De todo esto se deduce por qué los escritores de ciencia ficción pueden escribir cuentos pero no novelas, o novelas pero no cuentos; todo puede ocurrir en un cuento; el autor adapta sus personajes al tema central. El cuento es mucho menos restrictivo que una novela, en términos de acontecimientos. Cuando un escritor acomete una novela, ésta empieza poco a poco a encarcelarlo, a restarle libertad; sus propios personajes se rebelan y hacen lo que les apetece... no lo que a él le gustaría que hicieran. En ello reside la solidez de una novela, por una parte, y su debilidad, por otra.



Philip Kindred Dick (Chicago, 1928 - Santa Ana, California, 1982), más conocido como **Philip K. Dick**, fue un prolífico escritor y novelista estadounidense de ciencia ficción, que influyó notablemente en dicho género. Dick trató temas como la sociología, la política y la metafísica en sus primeras novelas, donde predominaban las empresas monopolísticas, los gobiernos autoritarios y los estados alterados de conciencia. A menudo se basó en su propia experiencia vital, reflejó su obsesión con las drogas, la paranoia y la esquizofrenia en novelas como *A Scanner Darkly* y *SIVAINVI*. La novela **El hombre en el castillo**, galardonada con el Premio Hugo a la mejor novela en 1963, está considerada como una obra maestra del subgénero de la ciencia ficción denominado «Ucronía».

Fluyan mis lágrimas, dijo el policía, una novela sobre una estrella televisiva que vive en un estado policial en un cercano futuro distópico, ganó el Premio John W. Campbell Memorial a la mejor novela en 1975. Además de treinta y seis novelas, Dick escribió 121 relatos cortos. Aclamado en vida por contemporáneos como Robert A. Heinlein o Stanisław Lem, Dick pasó la mayor parte de su carrera como escritor casi en la pobreza y obtuvo poco reconocimiento antes de su muerte. Tras ésta, sin embargo, la adaptación al cine de varias de sus novelas le dio a conocer al gran público. Su obra es hoy una de las más populares de la ciencia ficción y Dick se ha ganado el reconocimiento del público y el respeto de la crítica.

Reseñas

UTÓPICA PENUMBRA, ANTOLOGÍA FANTÁSTICA ECUATORIANA PUBLICADA EN CUBA POR LA EDITORIAL UNIÓN

Raul Aguiar



A pesar de que la ciencia ficción y la narrativa fantástica en Ecuador surge ya en el siglo XIX, en 1894, de la mano del escritor Francisco Campos con **Narraciones fantásticas**, y **La receta**, de 1899, novela en la que su protagonista viaja cien años en el tiempo para toparse con una Guayaquil modernizada por los submarinos y los tranvías, el género siempre ha sido infravalorado y visto solo como una moda, un tipo de literatura alienante y un subgénero literario menor en comparación al resto de obras que componen el Canon de la narrativa ecuatoriana, la mayoría de corte realista o costumbrista. Con algunas obras y autores esporádicos a lo largo del siglo 20, hubo que esperar casi cien años para que la CF y la fantasía volvieran a resucitar en el país. La eclosión comienza en la década de los 90, cuando Ugo Stornaiolo publica la obra **Crónicas del siglo 21** (1990) que trata sobre la supervivencia de una familia que habita en el espacio exterior. En 1994 Santiago Páez hizo su primera incursión en el género con **Profundo en la galaxia** un libro de cuentos sobre tecnologías que permiten cambiar la

realidad o los viajes en el tiempo, y ese mismo año el guayaquileño Fernando Naranjo publica su colección de cuentos **La era del asombro**. A estos pioneros se van sumando, a partir de 1996, otros autores tan importantes como Leonardo Wild, José Daniel Santibáñez y Jorge Valentín Miño.

En años más recientes, la narrativa del fantástico ecuatoriano se enriquece aún más con la incursión de jóvenes escritoras como Solange Rodríguez, Alexandra Dávila, Denise Nader y Renata Duque, entre otras. Denise Nader Garzozzi fundó desde el 2011, junto con el escritor Fernando Naranjo, las Tertulias guayaquileñas de Ciencia Ficción, Fantasía y Horror donde creadores e interesados por el género fantástico intercambian ideas, libros y experiencias. Recientemente, en la Feria internacional del libro de Quito 2013 se realizó una especie de convención internacional del fantástico donde se dieron cita autores de Ecuador, Argentina, Chile, Colombia, Venezuela y Cuba.

Este libro pretende ser una muestra de lo mejor que se produce en cuanto a fantasía y ciencia ficción en ese país hermano. Son once autores de una gran calidad escritural y que se mueven en un espectro amplio de temáticas.

Comienza por **Neblina**, de Santiago Páez, un cuento de terror fantástico que nos describe a unas personas condenadas a perseguir a otros seres, entidades ancestrales que poseen ciertos poderes basados en la niebla y el resplandor. Es un relato de alto vuelo poético, casi una parábola, que ocurre en fondas y pueblecitos polvorientos de la carretera, en un Ecuador inquietante y atemporal. Leonardo Wild es sobre todo un escritor de novelas policiales, tecno thriller y ciencia ficción, pero ofreció para la antología uno de sus cuentos: **¡Despierta, es hora de trabajar!** acerca del tema de la hibernación, donde un hombre es despertado al cabo de 50 años para encontrarse con que, para pagar el feliz término del proceso, debe trabajar durante 20 años como un esclavo para la empresa que compró los permisos de su rehabilitación. **Las espinas son para usted, puede tirar las rosas al sanitario, si lo desea**, de Jorge Valentín Miño, es una muestra de esos cuentos experimentales y de abundante juego imaginativo y escritural a los que nos tiene acostumbrados este autor, donde cada imagen podría servir para escribir otra historia. Esta en particular, una fantasía urbana de

corte humorístico, nos describe el hechizo que una anciana, a través de la brujería floral, lanza sobre un joven ilustrador con el objetivo de hacer un cambio de cuerpos.

Julie Jibaja es la narradora más joven del grupo. Su cuento **Conozco a los seres humanos, y no me gustan cómo son** también pertenece al género de terror fantástico y es la maquinación de una venganza atroz con posesión incorporada ¿demoniaca? de una entidad que lejanamente nos remite a ciertas descripciones de Lovecraft. Renata Duque es dueña de un estilo muy personal, y demuestra en su cuento **Después** que un relato de carretera postapocalíptico puede ser también profundamente emocional y altamente poético. **Elecciones**, de Alexandra Dávila es un extraño cuento de biología ficción. Una de las células se rebela a su accionar cotidiano, busca la autodeterminación en su existir y esto desencadena una epidemia general dentro del sistema que lo hace colapsar por completo. **Grado cero**, de Gabriela Alemán se me antoja un cuento fantástico tan perfecto que parece realista. La protagonista tiene el poder de ver toda la fisiología interna de las personas que la rodean, con sus órganos, fluidos y enfermedades, y al cabo de un tiempo comprende que más que un don, es una especie de maldición y aprende a vivir con ello.

J. D. Santibañez fue el compilador y prologuista de esta antología. No contento con ello, ilustrador e historietista al fin, también es el autor de la portada y de uno de los cuentos, **El Guardian y el Mago**, que más bien se encuadran en la llamada Fantasía oscura, donde magos, monstruos, fantasmas, sacerdotisas y demonios se cruzan en una historia trepidante muy a lo cómic norteamericano y sus descripciones tienen un fuerte componente cinematográfico.

Autorretrato, de María Leonor Baquerizo, es otro cuento de terror fantástico, cuya profusión en pequeños detalles ayuda a intensificar una atmósfera de extrañamiento en la que una cama de sanatorio parece ser el desencadenante de cierto fantasma letal que es solamente advertido por un jardinero. En el relato **¿Qué hace una chica como tú en un lugar como este?**, Solange Rodríguez nos describe un lejano futuro, donde los seres humanos, después de una gran epidemia, fueron despojados de su planeta y ahora son repudiados socialmente por el resto de las razas galácticas, quienes los consideran sucios, escandalosos, demasiado prolíficos y biológicamente perniciosos. Y a pesar de todo ello...

Por último **El otro**, de Fernando Naranjo, uno de mis cuentos preferidos de este autor, que describe las tribulaciones de un hombre quien de pronto tiene que competir con un doble, un alter-ego que ha llegado desde una dimensión paralela.

En fin, que la literatura fantástica y de ciencia ficción ecuatoriana en muy poco tiempo se está desarrollando hacia lo que parece será un movimiento a tomar en cuenta dentro del género en Latinoamérica. Sirvan estas historias compiladas por J. D. Santibañez para dar una pequeña muestra de la calidad de sus ideas, enfoques y estilos.

Utópica penumbra, estoy seguro, como punta de lanza para el movimiento, pasará muy pronto a ser un referente en estudios literarios futuros acerca de la literatura fantástica en Ecuador.

Raúl Aguiar, 20 de enero de 2013

CONCURSOS

Concurso de Literatura Infantil y Juvenil La Edad de Oro 2014

La Editorial Gente Nueva convoca a todos los escritores cubanos residentes en el país a participar en el concurso de literatura para niños y jóvenes La Edad de Oro 2014.

BASES

Las bases de este certamen serán las siguientes:

1. Podrán concursar obras literarias destinadas al público infantil y juvenil.
2. En esta edición del premio se convoca en cuatro categorías:
 - Poesía.
 - Teatro.
 - Álbum Ilustrado.
 - Novela de Fantasía heroica, Ciencia Ficción y Policial
3. Las obras que se presenten deberán ser inéditas, no estar sujetas al fallo de otro concurso y su publicación no podrá estar comprometida con ninguna editorial.
4. Los trabajos se presentarán por el método de seudónimo. En sobre aparte se consignarán los datos generales del concursante: título de la obra, género, nombre completo del autor, seudónimo, domicilio, teléfono y carné de identidad. En el caso de trabajos que se hagan llegar por correo, en el envío debe figurar el nombre de la obra y el seudónimo, e incluirse el sobre con los datos personales del autor. La obra y los datos del autor deben estar en un único paquete postal.
5. Las obras se presentarán en tres copias, escritas a máquina o computadora, a dos espacios y ejemplares debidamente separados, con las hojas unidas, numeradas y mecanografiadas por una sola cara. En caso de presentarse mecanografiadas en computadora se utilizará la fuente Bookman Old Style, 11 puntos, a 1,5 espacios. El concursante siempre debe conservar su copia original.
6. Si las obras que concursan se apoyan en imágenes gráficas, estas deberán adjuntarse para que puedan ser valoradas integralmente.
7. Las obras concursantes deberán cumplir los siguientes requisitos:
 - **El libro de Poesía** tendrá una extensión mínima de 30 y máxima de 60 cuartillas.
 - **El Teatro** tendrá una extensión mínima de 30 y máxima de 70 cuartillas.
 - **El Álbum ilustrado** no tendrá una extensión determinada y básicamente se busca estimular la publicación de textos breves, sencillos y creativos, que sean profusamente ilustrados. (No se admitirán textos no ilustrados) Se recibirán las obras en el formato 151 x 228 mm o 210 x 270 mm, con extensión de 16, 24 o 32 págs.
 - **La Novela de Fantasía heroica, Ciencia Ficción y Policial** tendrá una extensión mínima de 60 y máxima de 100 cuartillas.
8. Un mismo autor podrá concursar en varios géneros, con una obra en cada caso y distintos seudónimos.

9. Los autores que hayan sido premiados en ediciones anteriores del concurso no podrán presentar trabajos en el mismo género la vez siguiente en que este sea convocado.
10. Queda excluido de participar el personal que labora en la editorial Gente Nueva.
11. Se otorgará un premio por cada uno de los géneros, consistente en diploma acreditativo y cinco mil pesos en moneda nacional (5000.00 MN). Si la obra premiada tuviera carácter colectivo, el importe será dividido entre los premiados.
12. El jurado podrá otorgar tantas menciones como considere, y se reservará el derecho de declarar desierto el premio cuando lo estime pertinente.
13. La editorial Gente Nueva se reserva el derecho de evaluar las obras mencionadas, recomendadas o finalistas, pero no asume ningún compromiso de publicación con las mismas.
14. Es potestad exclusiva de la Editorial Gente Nueva encargarse del diseño e ilustración de las obras ganadoras. El ganador tendrá el derecho y el deber de revisar las planas en el tiempo estipulado por la editorial y de aprobar la propuesta de cubierta del libro.
15. Las obras podrán enviarse por correo certificado o entregarse personalmente a:
- Concurso La Edad de Oro
Editorial Gente Nueva
Departamento de Promoción
Calle 2, No. 58, e/ 3ra y 5ta,
Plaza de La Revolución
Ciudad de La Habana
Código postal 10400
Teléfonos: 830-8962 y 830-6548
e-mail: editgentenueva@ceniai.inf.cu
16. La entrega personal de las obras se hará en la oficina de promoción en horario laboral de lunes a viernes. No se aceptarán, bajo ninguna circunstancia, trabajos enviados por e-mail.
17. El plazo de admisión cerrará el 30 de mayo de 2014.
18. El jurado de cada género en concurso será dado a conocer una vez que venza el plazo de admisión. Estará integrado por personalidades de reconocido prestigio y un editor de Gente Nueva. Sus decisiones serán inapelables y se tomarán por mayoría simple.
19. La premiación del concurso se efectuará en octubre de 2014 en un acto convocado al efecto.
20. Las obras no premiadas serán devueltas una vez entregados los premios. Al mes siguiente serán destruidas.
21. Los trabajos que no reúnan los requisitos de esta convocatoria no serán aceptados.
22. La participación en el concurso supone la plena aceptación de sus bases





VI Evento teórico de literatura fantástica y de Ciencia Ficción

ESPACIO ABIERTO 2014

Conferencias
Homenajes
Mesas redondas
Presentaciones de libros
Encuentro de conocimientos
Premiación del concurso Oscar Hurtado
Exposiciones
Proyección de audiovisuales
¡Y mucho más!

Sábado 29 de Marzo
Sala Villena de la UNEAC
17 y H, Vedado

Domingo 30 de Marzo
Centro Onelio Jorge Cardoso
5ta y 20, Playa